



Julio Zaldumbide Gangotena

Selección

Trayectoria
Por Roberto Morales Almeida

Una de las figuras ecuatorianas más atrayentes de la segunda mitad de la pasada centuria es la de Julio Zaldumbide Gangotena. Si como poeta es representante eximio de la generación romántica, como hombre público encarna un paradigma de limpidez republicana. Varón ejemplar: su vida aureolada de dignidad, púsola al servicio de las letras, de los dioses lares y de las nobles causas nacionales.

Su quiteñísima casa solariega, preclaro nidal de cultura y virtudes cívicas, viole nacer en el fecundo lustro (1830-35) en que advino la República y le nacieron a la Patria hijos que supieron levantarla: Juan Montalvo, Numa Pompilio Llona, Luis Cordero, Juan León Mera, Antonio Flores, para no citar sino los nombres más ilustres. Empero, ninguno como Zaldumbide tenía prosapia de más hidalga tradición republicana (democrática, diríamos ahora). Su abuelo, Joaquín -288- de Zaldumbide y Rubio de Arévalo, fue de los próceres de la Emancipación; su nombre se halla inscrito al pie de la columna de los Héroes de Agosto; su padre Ignacio Zaldumbide, de los fundadores de la célebre Sociedad «El Quiteño

Libre», combatió la tiranía forastera y militarista de Flores, cayendo en el campo de batalla de Pesillo «como ínclita víctima de la libertad». Y la vida misma del poeta se desenvuelve en afán indeclinable por defender la causa civilista y de respeto a las leyes, al par que el espíritu de nacionalidad, sofocado por el vitando predominio de militares adventicios, remanentes de la epopeya libertadora, pero desconocedores del vivir republicano y con pretensiones de llevarse la parte del león en el reparto de la fenecida Gran Colombia. Por eso, la revolución marcista (del 6 de marzo de 1845), fulminadora de los genízaros extranjeros, era recordada cada año con inusitado fervor por la juventud quiteña que se agrupaba en sedicentes sociedades democráticas, animadas por mentores ávidos de renovación cultural y política, como Pedro Moncayo y Miguel Riofrío. En el seno de esas sociedades, al recordar el VII aniversario marcista, Zaldumbide declamó su «Canto a la Música», poema primicial, recargado de atuendo zorrillesco y de helénicos conceptos sobre la armonía en la naturaleza. Y entre el fervor de discursos empenachados de pirotecnia revolucionaria, el portalira, que frisaba en los 19 abrilés, recibía una simbólica corona de laureles, anunciadora de renovados triunfos literarios.

Al calor de esos ideales, cultivados en tales agrupaciones político-literarias, y en la hidalga y acogedora casa paterna del poeta, llegó a cimentarse su amistad con Juan Montalvo. «Mi padre, en sus mocedades, cuenta Gonzalo Zaldumbide, fue de los pocos amigos predilectos de Montalvo. Siempre que iba a Quito el Cosmopolita y aún antes de serlo por antonomasia, al hacer sus primeras armas, solía concurrir, aunque parco de palabras y de entusiasmos repentinos, a la tertulia de la casa de los Zaldumbides, la antiquísima casa de San Agustín que aún se conserva en -289- la familia. Eran reuniones vespertinas: se comía entonces temprano y a las cinco acudían los amigos a tomar el café que entona el ánimo, aguza la inteligencia y excita agradablemente a conversar. Parece que Montalvo prefería escuchar a dialogar, y antes que seguir de tema en tema la volubilidad de los contertulios, se ensimismaba y esperaba más bien el momento de salir con su amigo Julio a pasear por las colinas y alrededores, a embriagarse, sin duda, en silencio comunicativo y unánime, de la ilimitada poesía crepuscular. Ambos eran románticos en el alma, si bien clásicos en el respeto a la cultura y a la lengua. Ambos habían de combatir luego a García Moreno; y mi padre, un poco antes que él, pero no con su constancia, continuidad y eficacia».

Pero, mientras el Cosmopolita se alejaba para cumplir sus sueños de visitar la dulce Francia y las ruinas del Imperio Romano, Zaldumbide arraigábase más al nativo terrazgo, casándose y dedicándose por entero al cultivo de las letras y a las faenas agrícolas en sus extensas fincas de Pichincha e Imbabura.

Demoraba con predilección en el cálido bajío de Pimán, que lo cultivó con empeño amoroso hasta convertirlo en grato y acogedor oasis, florecido entre peladas colinas, ardientes arenales y hoces profundas que van a perderse de bruces a orillas del Chota torrentoso. Desde entonces, Pimán, estancia cercana a Ibarra, la Ciudad Blanca, no es un rincón cualquiera entre las abruptas serranías ecuatorianas: ya ennoblecida por los eglógicos cantos de Julio Zaldumbide, años más tarde, se transformará en

escenario del poema vernacular de Imbabura, «Égloga trágica», obra maestra del orfebre del estilo, Gonzalo Zaldumbide, insigne vástago del Poeta de la Naturaleza.

Su ahincada preocupación por el bien común, especialmente por hacer realidad el sueño secular de una salida desde el clausurado callejón interandino hasta la inmensa ruta del océano, le granjeó la simpatía popular y en limpia lid cívica fue electo diputado por -290- Imbabura. En el Congreso de 1867 defendió con altura y firmeza la dignidad el Parlamento y las instituciones republicanas ante las pretensiones de un Ejecutivo que «sacrificando el bien de la República a mezquinos intereses de familia y cediendo a influencias perniciosas, se había hecho indigno del alto puesto que le confiaron los pueblos».

Quien mejor ha trazado la trayectoria de la limpia vida pública de Julio Zaldumbide es su gran amigo, el académico y clásico prosista Roberto Espinosa. Oigámosle expresar su criterio circunspecto y justiciero sobre quien fue desinteresado servidor de la Patria: «Siempre noble, independiente y digno; supo decir la verdad con lisura y desenfado, aun a los más temibles y encumbrados: prerrogativas que dan únicamente un alma levantada, la independencia de acción y el recto proceder. Zaldumbide tuvo por entonces adversarios, y aun fue llamado a juicio, por la publicación de un valiente y patriótico folleto: ('El Congreso, don Gabriel García Moreno y la República') que no se perdona fácilmente la altivez y coraje de un hombre, cuando la pusilanimidad y el apocamiento ponen silencio y obediencia del todo pasiva en la mayor parte de los hombres. Y a Zaldumbide no se le perdonó aquel hecho relevante de honradez republicana: invectivas, amenazas, acusaciones, de todo se echó mano para inquietarle, para hacerle descender de su dignidad; mas, fue trabajo estéril, y al fin sus enemigos políticos, no sólo dieron de mano a su empeño, pero antes buscaron su amistad, que no les fue rehusada, pues el mal proceder de aquéllos no alcanzó a enconar su corazón.

»Corridos algunos años, el popular y republicano Gobierno del señor Borrero le nombró Plenipotenciario del Ecuador, confiándole el delicadísimo encargo de ajustar tratados y convenciones internacionales con el Plenipotenciario de Colombia. Entonces pudimos valorar su inteligencia y profundos conocimientos en ciencias públicas. Vino luego el Gobierno de Veintemilla, nacido de la revolución más inicua que registra -291- nuestra historia, y, cuando tocaba a su término, los hombres honrados de todos los bandos políticos, y señaladamente de juventud ilustrada de la capital, presentaron a Zaldumbide como candidato para la primera Magistratura nacional; tal exhibición tuvo resonancia en todas las provincias de las Repúblicas y fue acogida con entusiasmo. Nadie entre nosotros ignora la revolución que a sí propio se hizo al gobernante de entonces, alzándose con el Poder y proclamando la más escandalosa dictadura; nadie entre nosotros ignora que desde ese día fue desmoronándose el poderío del gobernante atrevido que así afrentó a la Patria, y que, en breves meses, fueron a tierra dictadura y dictador, ahogados por la poderosa opinión de los pueblos».

Después de la Restauración, como se llamó el movimiento contra Veintemilla, el nuevo Presidente, Caamaño, procuró en ciertos aspectos dar relieve a su Gobierno acudiendo a buscar el apoyo de ciudadanos

prestigiosos. Y se confió al poeta la Cartera de Instrucción Pública, de reciente creación. Por desgracia, «el bello ideal que su alma ardiente trajo a este campo en que pudo explayarse su genio, al decir de Juan León Mera, halló obstáculos... superiores a sus fuerzas». El obstáculo mayor era de los que anulan por su base toda labor: crear un Ministerio, tan vital para una democracia, con un miserable presupuesto, necesitándose de muchos millones para «educar al soberano». El poeta creía en el milagro civilizador del alfabeto y quería levantar escuelas en todos los horizontes del país. Con su renuncia, hasta se suprimió el flamante Ministerio.

Zaldumbide fue uno de los primeros en propugnar para la práctica de nuestra naciente e incierta vida republicana una posición política civilizada, de altura, tolerante, alejada de los extremismos del conservadorismo graciano y del liberalismo jacobino. Por tradición y convención democrática, su amplia cultura, su delicado espíritu rechazaban naturalmente todo exceso, toda intransigencia, toda forma incivil de gobernar. -292- Cerebro y corazón de sano equilibrio, ejemplo señero entre los valores de nuestra literatura, generalmente espíritus de exacerbado tropicalismo, panfletarios y polemistas terribles. Sereno, mesurado, pero firme y hasta fogoso en la defensa de un limpio convivir democrático, «siempre tuvo en mucho el sentimiento y la práctica de la libertad, de la justicia y del derecho republicanos», según el testimonio del ya citado académico. Sus convicciones le impulsaron a enjuiciar serenamente la administración garciana, a defender la libertad de imprenta y la de sufragio, las más conculcadas entre nosotros, y a denunciar aquel principio de cesarismo, verdadera maza de Hércules, de la que tanto han echado mano tiranos y tiranuelos: «la insuficiencia de las leyes para gobernar».

Mas, el campo de Zaldumbide, «poeta que nunca buscó el renombre, bastándole con su nombre», según la justa opinión del sagaz escritor Francisco Guarderas, no era el de las estridencias de nuestra política tropical. Así lo entendió el poeta, y retornó a las apacibles tareas del campo y al trato continuo con los libros y las musas. Ésta es la etapa más fecunda de la vida de Zaldumbide. Hizo de Pimán el centro de una desbordante actividad; ora buscaba en las altas soledades de los páramos el manantial que fecunde las sequedades del valle; ora obtenía en remate público la concesión de tierras baldías a orillas del Mira, y organizaba expediciones para instalar allí plantíos y avanzadas de colonos. Su mejor título de propiedad sobre esas tierras perdura en las cartas escritas desde la selva bravía de Paramba a su dilecto amigo el solitario de Atocha. Y no se daba jamás punto de reposo, aunque su salud se resintiese. Con paciencia benedictina se afanaba en ensayar nuevos cultivos y en aclimatar especies salvajes del trópico para ornamento de su ameno jardín. Hermosa simbiosis aquella: la labor agrícola prosperaba a expensas de la vocación del poeta; era genuina obra de belleza, era gozo de creación el recio empeño de «transformar en umbroso refugio el erial abrazador».

-293-

Empero, los menesteres de la agricultura no le apartaban del puntual cultivo de amistades literarias, del estudio de los clásicos, del aprendizaje de lenguas extranjeras, de la enmienda y selección de sus

propias composiciones. En sus frecuentes viajes -nunca al mar, que fue su nostalgia- provistas llevaba las petacas de libros, pliegos de originales, cuadernos manuscritos y recado de escribir. En vísperas de una expedición, comunicábale a Juan León Mera esta noticia reveladora: «En estos ocho días tengo que hacer extractos de dos libros de historia que no puedo llevar a la montaña, y que en ella me serán de toda necesidad; concluir con la lectura de otros libros prestados; y hacer un solo volumen de mis composiciones para no llevarlas sueltas, teniendo de llevarlas para corregirlas». Y así, al undívago rumor de la fronda tropical recibieron toques finales varios poemas de La Naturaleza, para volver desde esos remotos parajes al eglógico retiro de Pimán, al grato lugar de origen, cabe la humana tibieza del alero donde fueron engendradas.

No fue el poeta lo que ahora llamamos un latifundista sedentario, un burgués filisteo, como hay tantos, que se sientan cómodamente a regustar a mantel puesto el fruto de sus haciendas. No. Él formó riqueza, vivió el dinamismo creador de los recios colonizadores, fue «hombre de trabajo», según la exacta expresión con que nuestro pueblo califica a los infatigables propulsores del progreso. Zaldumbide sentía la urgencia de transformar esta buena madre tierra, de verla cumplida de todo bien: cubierta de ganados, abundosa de pan, dulce de miel, así como cantada, amorosamente, en armoniosos versos.

Verdadera importancia para la historia de nuestra literatura encierra la correspondencia epistolar de Julio Zaldumbide con escritores, poetas y hombres públicos de su época. En esas cartas (en parte publicadas en las Memorias de la Academia Ecuatoriana de la Lengua) encuéntrase auscultado, como en amable -294- registro, el sentir cultural de entonces: Teorías estéticas, nacionalización de nuestra literatura, opiniones sobre autores nacionales y extranjeros, crítica literaria y hasta apreciaciones de sucesos políticos de importancia, sin faltar, obviamente, el precioso dato autobiográfico que se desliza recitado como en suave proyección hacia la posteridad. A ese epistolario hay que acudir para encontrar algo que justifique los largos silencios del poeta. Psicólogos y críticos opinarán como gusten sobre compases de espera a la inspiración en los mimados de las musas. Empero, el mismo poeta en carta al solitario de Atocha, escrita desde Pimán, se justifica aduciendo una causa muy aceptada entre los clásicos: «Es particular -le decía- que las musas tengan tanta enemistad contra Ceres, que donde ella está de ninguna manera quieren estar ellas: y ello es así, yo testigo. Quisiera yo darle a usted riqueza y sosiego, para que huya de Ceres, y se esté con las Musas».

Preguntábanse con sincera preocupación amigos y admiradores: ¿Por qué no canta el poeta de la naturaleza? ¿Por qué se ha callado el poeta filósofo? La respuesta brotaba con espontánea franqueza de lo hondo del alma: «me basta sentir como poeta, el ser tenido como tal me importa poco». «Cuando un poeta escribe, no que canta, malo». Preferiría, pues, callar a versificar sin estro. Y en esos silencios medita y cavila frente a trascendentales problemas de la vida. Y lee y relee en sus propias lenguas a los grandes poetas europeos. Mas, cuando sintió que la muerte le minaba la vida con la piqueta de un extraño mal, se preparó larga y serenamente para el viaje sin retorno. Y murió en colmada madurez, a los 54 años, cuando su talento acendrabá la savia para una bien cuajada frutescencia,

cuando más podía dar de sí para la grandeza de la Patria.
Si me fuera dado escoger entre sus versos los que sinteticen mejor la
valía del poeta para esculpirlos sobre su losa, me decidiría por éstos,
lucientes de sencillez, sinceridad y hondura:

-295-

¡qué vanas son las cosas de la vida,
vistas así, a la luz de las estrellas,
a la luz de lo estable y lo infinito!

Mucha razón le asistía a nuestro meritísimo historiador de la literatura,
Isaac J. Barrera, al afirmar que conforme pasan los años, los versos de
Julio Zaldumbide van revistiéndose de gravedad muy cercana a la filosofía.

Su obra poética

Como algunos de nuestros escritores y poetas, Zaldumbide permanece en la
clausura de la ineditez. Dispersas en periódicos y revistas de su época o
guardadas en el infolio manuscrito, no se ha hecho hasta ahora la edición
completa de sus composiciones. Sólo una decena de ellas, que corren en
agotadas y raras antologías nacionales, se han difundido un tanto. Ciertas
colecciones de actualidad se limitan a exhibir un soneto y algún fragmento
de composición; no obstante, la producción original y las traducciones del
poeta alcanzan casi a un centenar de piezas de diverso fondo y valor
estético.

Zaldumbide realizó hasta cuatro colecciones de sus versos: la primera para
el historiador Pedro Fermín Cevallos, quien pensaba involucrarla en una
proyectada «gran colección de poesías americanas»; otra envió al malogrado
escritor guayaquileño Vicente Emilio Molestina, compilador de la célebre
Lira ecuatoriana (1866); una tercera fue a Santiago de Chile y una cuarta
a Lima para integrar antologías hispanoamericanas, que jamás aparecieron.
Si demostró cierto interés en recoger algunas de sus producciones fue sólo
por complacer insistentes solicitudes de amigos y editores. En cierta
ocasión -296- hizo transcribir del original a dos cuadernos, que
intituló La Naturaleza y Poesías líricas, las composiciones que creyó
convenientes para una posible antología, intento fallido por la
idiosincrásica dejadez con que miraba todo lo nacido de su ingenio. Tales
valiosos manuscritos reposaron largos años en los anaqueles de Pimán hasta
que, en conjunto de selectos libros, fueron confiados por Gonzalo
Zaldumbide a la custodia de la Biblioteca del Colegio «Teodoro Gómez de la
Torre» de Ibarra, puesta bajo la advocación del poeta.

Un día, Juan Montalvo, considerando la miserable situación de la imprenta
del país, quería romper su pluma y sus escritos. A todos los escritores
del siglo pasado acometió igual despecho. El poeta Zaldumbide respondiendo
a frecuentes insinuaciones de Mera le decía: «¿Por qué no publico yo mi
colección? Por varias consideraciones; y una de ellas es que, si usted
hubiera tomado mi parecer antes de publicar la suya, le hubiera dicho: no

la publique usted sino en Francia, o en otra parte. Las imprentas de Quito le harán a usted un librejo de triste semblante del que nuestra gente hará poco caso; y no le hicieran más si dentro de su mala pasta y cuerpo contuviera toda la poesía del mundo». Cómo se advierte que a esos buenos románticos les preocupaba más la decente presentación de los frutos de su ingenio, que las estridencias de la publicidad.

Levantar alambradas retóricas que encierren el hálito cordial de un poeta es como oponer murallas al viento proteico. No obstante las posibilidades de interrupciones y enfoques diversos, hay que realizar la artificiosa tarea de clasificar la floración poética, especialmente cuando se buscan fines didácticos o de divulgación.

Augusto Arias opina que una posible antología de Julio Zaldumbide estaría dividida en tres partes: «Una de sus elegías, otra de sus composiciones amorosas y la tercera de sus composiciones y cuadros de la naturaleza, -297- a la cual pudieran añadirse las de gusto místico o religioso». La clasificación es aceptable. Empero, si se aprecia con cierto detenimiento las poesías consignadas en los manuscritos y las que no constan en ellos, se advierte que hay materia para un panorama más amplio, que puede ser el siguiente, en orden de valía estética: a) Contemplaciones de la naturaleza; b) Meditaciones poéticas; c) Traducciones; d) Composiciones religiosas; e) Composiciones amorosas, galantes y de ocasión. En este panorama miremos, siquiera un momento, algunas facetas de la enteriza personalidad del poeta.

La generación romántica y su pontífice

Antes de adentrarse en las nimiedades que matizan las escuelas y sus casilleros, importa seguir la trayectoria del hecho literario en el siglo pasado. Al primer vistazo se aprecia esta realidad. Una minoría selecta, con características generacionales bien diferenciadas, realiza una verdadera revolución en un ambiente secular inerte, que mantenía inalterables los módulos culturales de la Colonia. Esa generación eclosiona fervorosamente entre los clangores triunfales de la revolución marcista.

Son conocidas las recientes teorías sobre las generaciones. Mas, es importante anotar que un excelente periodista y crítico, a quien hay que hacer justicia, Víctor León Vivar, ya se refirió a las características de la juvenil generación romántica de 1845, iniciadora de un auténtico renacimiento literario. He aquí esas características, las más salientes: saturación de lecturas extranjeras; inclinación al escepticismo y la meditación; afán de resucitar épocas legendarias; sincero -298- anhelo de dar forma a los sentimientos populares; intensidad en la pasión amorosa; vuelta o evasión hacia la naturaleza.

Con acertado criterio, Víctor León Vivar señala un alto sitial a Julio Zaldumbide entre los poetas de aquella generación. Escuchemos al iniciador de la crítica literaria moderna entre nosotros, cuyos «precisos enfoques aleccionadores de la literatura ecuatoriana» según expresión de G. Humberto Mata, dispersos en periódicos y revistas de hace más de medio

siglo, casi ninguna difusión han tenido en nuestro ambiente: «En medio de esta fiebre romántica, apunta, importada del viejo mundo y enloquecedora de muchos espíritus no debidamente equilibrados, apareció el señor don Juan León Mera, quien, sin lograr formar escuela, trató de dirigir el movimiento y llevarlo por terreno exclusivamente americano. El señor Mera fracasó en su empresa, porque no supo deshacerse de sus pensamientos personales y fabricó, por lo general, indios demasiados piadosos y buenos... Corral, Marchán, Piedrahíta, Mera, Castro, Córdova y Avilés no hacen sino, con pocas excepciones, repetir a la ventura las impresiones o ideas que reciben de los libros que les llegan de fuera. Tocale a Zaldumbide seguir una marcha fija y determinada: es el primer pontífice de la nueva religión. Después de su 'Canto a la Música', que es un tributo rendido a la escuela de Zorrilla, su poesía toma un carácter melancólico y grave que impone, y a la expresión de tropos y palabras armoniosas y llenas de ruido, pero vacías de sentido, siguen una parquedad, una templanza y un cuidado nimio en la dicción poética, que va en aumento día a día. Quitado Olmedo, tal vez nadie como Zaldumbide ha cuidado entre nosotros de que la cinceladura de la forma en medio de la misma sencillez, fuera más cabal y primorosa». He ahí el sitio y el título indiscutible para nuestro poeta.

-299-

El bello país de Imbabura: la fisionomía y el alma de su paisaje
A la generación romántica debe nuestra literatura el descubrimiento estético del paisaje serrano ecuatorial. Esa trayectoria se hizo del alma a la fisionomía, del goce en la contemplación a la emoción de aprisionarlo en el verso o en el color. «La fisionomía, anota Gregorio Marañón, es, como pensaban Humboldt y sus contemporáneos, la proyección de lo más recóndito que tiene la vida efímera de los seres vivos y la vida perdurable de lo geográfico». En los altos Andes ecuatorianos, en la serranía, ningún país de paisajes más variados y bellos que Imbabura. Sus elementos: el valle verdemar, acunando pomposas colinas; el cerro tutelar abstraído en milenaria contemplación del hechizo del lago; «la vívida esmeralda de los montes» reluciendo junto a la diamantina corona de los Andes; y en la hondonada, el desierto, cuya fósil entraña se calcina al fuego tropical, a un paso de la frescura del río poderoso, que en la crencha profunda busca trabajosamente el camino del mar. Todo bajo un cielo de azulidad esplendorosa y de millonaria policromía de celajes y nubes: las de nácar y las de oro, las de armiño y las grises; las que jalonan la marcha tornadiza del tiempo o aquellas que son como signos tutelares de pastores y labriegos que pueblan la tierra generosa. En ninguna comarca andina, como en Imbabura, el cielo y las nubes son elementos estéticos esenciales del paisaje. El cielo: un fanal traslúcido, rutilante de violetas. «Las nubes prenderán en él sus linos, / sus retazos de púrpura el crepúsculo / y las noches sus pulidos zafiros». Es Imbabura una síntesis de los paisajes todos de la patria ecuatoriana. El poeta Julio Zaldumbide palpó el alma de este bello país, la gracia luminosa de su -300- geografía, mas no plasmó su fisionomía. Este toque

estético lo daría su continuador, su hijo, Gonzalo Zaldumbide. Estaríamos, pues, ante un hermoso ejemplo de filogenia estética que debería ser ampliamente dilucidado para esclarecer la ruta de la literatura nacional. Literatura paisajista, propiamente, no hemos tenido hasta la aparición de Julio Zaldumbide, quien la inicia con sobrias pinceladas que perfilan el paisaje al par que revelan su personal reacción lírica. Las magistrales descripciones, la aprehensión certera y jubilosa de la fisonomía del paisaje aparecen solamente a comienzos de este siglo con «Égloga trágica» que «es la novela, y la etopeya del ser y presencia del Ecuador», según la aguda apreciación de José María Pemán. Adviértase que aún en las letras castellanas, con toda su valía y tradición seculares, la literatura paisajista es contemporánea, data de Gabriel Miró y algún otro prosista de la generación del 98. No quedamos, pues, muy a la zaga en trayectoria de tanta importancia cultural. Rincón de privilegios el imbabureño: tras la visión vespéral de «Paisaje en la laguna de San Pablo» de Julio Zaldumbide y las magistrales páginas de «Égloga», eclosiona diáfana de belleza de sus lagos el sortilegio poético de una voz genuina de la tierra, Carlos Suárez Veintemilla; y sus paisajes de azulidad azul, de epopeya del azul intenso, como los viera Remigio Romero y Cordero, están ya aprisionados en la ligadura impalpable del mágico pincel de Rafael Troya y su discípulo, el múltiple Luis Toro Moreno.

La capacidad de percepción, de fijación de los rasgos fisonómicos del paisaje en la poesía o en la pintura es «resultado de un proceso cultural largo y complicado», anota Burckhardt. Zaldumbide, hay que recalcarlo, pone los hitos en ese proceso. De allí que en los poemas que reunió bajo el título de *La Naturaleza* prima el sentimiento, la interpretación del alma proteica del paisaje antes que la descripción. Como -301- advierte Vivar, *La Naturaleza* no es un conjunto de composiciones aisladas entre sí, cual lo creyeron los críticos Mera y Cordero; es una sinfonía que obedece a un plan unitario, es un gran poema interpretativo de los diversos momentos en los que palpita el paisaje al influjo vivificante del sol, «genitor glorioso de toda vida». Realiza, en cierto modo, lo que el creador del impresionismo, Monet ve el mismo paisaje a distintas horas, bajo el embrujo transformador de la luz, cuya fuerza plasmante se proyecta en el alma del poeta. El estado psicológico que vive en los momentos de la sonata a la trayectoria del sol: «La mañana», «El mediodía», «La tarde» y «La noche», es un reflejo del ama del paisaje.

A ti me acojo soledad querida

«Me basta sentir como poeta», le decía a Mera, desde su amada selva a orillas del torrentoso Mira. Zaldumbide y los de su generación «absorben el encanto del paisaje», «lo sienten, lo viven, lo gozan» mas no lo miran. Sugerido más que pintado, el paisaje es como el fondo del escenario en el que siente, sueña y piensa el poeta.

Acerquémonos un poco más a esa fontana límpida, que refleja con nitidez la actitud del romántico frente a la naturaleza.

En el poema «A la soledad del campo» está como diluido lo que los críticos

llaman el sentimiento generador de la Oda «A la vida retirado», encerrado en los primeros versos de la célebre lira:

Que descansada vida
la del que huye del mundanal ruido...

-302-

Confluencia de estados anímicos entre los dos poetas y no ceñida, imitación del nuestro al salmantino:

A ti me acojo, soledad querida,
en busca de la paz, que mi alma anhela,
en su ya inquieta y procelosa vida...

Zaldumbide insiste en la alacridad de su espíritu liberado de vanidades y ruidos, que no llegan hasta la soledad querida a turbar la paz buscada con ahínco.

Tales sentimientos del poeta están saturados de sinceridad. Nadie como él conocía la vorágine de pasiones en torno al hombre que ocupa un puesto de preeminencia: por eso buscó anhelosamente la soledad y el apartamiento e hizo sencilla vida de agricultor.

De ese acercamiento a la Naturaleza, a nuestra naturaleza, con plenitud gozosa, son irrefutable testimonio las cartas al solitario de Atocha, desde la selva remota: «... No sé decir si aquí estoy feliz, le escribía, lo que puedo asegurar es que estoy mejor que jamás estuve en parte alguna...». «Fuera del bosque no tiene usted otra cosa que admirar; el bosque compone la única, pero profusa pompa de la Naturaleza. Pero los ecos y las sombras de la selva, la infinita variedad en la vegetación, el singular atractivo de las palmas, la abundancia inagotable de seres extraños, y ese amor por lo desconocido ocupan y embelesan de tal modo la imaginación, que no hay más que apetecer. Esto en cuanto al teatro: por lo que hace el actor, lo siguiente. Gozo de la libertad primitiva, pues que ando casi desnudo; mi salud es perfecta, pues que me ejercito con el hacha y el machete y me aliento de cosas simples; ¿quiero meditar, quiero dar pasto de poesía al espíritu? Pues me interno en la selva. Para que usted acabe de figurarse bien este cuadro, falta que usted se figure cómo se forma un establecimiento en una selva inculta. Descuajar un pequeño espacio de bosque, y formar una casita de montaña; romper la enmarañada selva al batir hachas -303- y machetes, y en vez de inútil vegetación, hacer crecer la que es útil a la vida y deleitable al paladar; no oír por algún tiempo más que los zumbidos de infinitos insectos, el silbido de los pájaros selváticos, el chillido de los monos y otros mil ecos extraños y salvajes, y luego escuchar el canto ciudadano del gallo y el doméstico

cacareo de las gallinas. Todo esto me causa novedad y entretenimiento, y el vivir como un pobre labrador que empieza a labrarse su fortuna con sus manos, es un placer para su amigo, querido Mera».

Al correr de los días, insinúase natura subyugadora y penetran sus encantos en el alma sensibilísima del poeta que llega hasta un dulce entregamiento, siguiendo una senda de luminosidad y gozo estéticas, señalada con estos hitos: plenitud eufórica de gozar una vida cuasi primitiva; venturanza de sentir el alma inundada de efluvios de poesía que manan del ambiente selvático o rural; deleite de embelesar la imaginación y la voluntad en un extraño mundo de misterio; éxtasis de auscultar el ritmo de la Naturaleza, de empaparse en el rocío lustral de su simplicidad de verla con limpia mirada animista de niño y poeta, de sentir la exultación de sus momentos de esplendidez o la congoja de sus horas de opacidad crepuscular:

Como las sombras cunden de la umbría
noche en el cielo, así en el alma mía
cunden ya dolorosos pensamientos;
y una hoja que desciende,
algún eco fugaz, una avecilla
que errante y solitaria el aire hiende,
la leve nubecilla
que viaja a reclinarse allá en el monte
o a perderse lejana
en el vago horizonte;
todo me causa una emoción profunda;
me aprieta el alma una indecible pena,
y de improviso mi mejilla inunda
de inesperado llanto amarga vena.

-304-

Y fluctuando entre la tristeza y el júbilo o viceversa, nuestro romántico hace de su vida una verdadera creación artística, es decir, vive su ideal. Sin embargo, jamás la poderosa Naturaleza lo anonadó como a ciertos románticos americanos. La recia y equilibrada personalidad de Zaldumbide supedita los encantos telúricos avasalladores, y pasado el rapto estético se considera como un actor en un teatro de primitiva grandeza. Y cada día y cada hora desborda la onda cordial de la melodía eglógica, que fluye desde la limpidez del manantial virgiliano:

Ya el rumiador ganado lentamente
desciende por la húmeda colina;
cansado el labrador deja la era,
y a su rústica choza se encamina.
¡Qué misterios el aura pasajera
suspira, y pasa! El ave en sordo vuelo
por las ramas se mete y busca el nido.

Sólo se oye el zumbido
de los insectos, que quizá lamentan
desde la yerba del humilde suelo
la partida del claro rey del cielo.

Ésta es ya poesía eglógica nuestra, de emoción terrígena, aunque de ritmo clásico por su átuvo latino. Mas, es preciso sentirla y regustarla y hasta vivirla para encontrar ese dulzor congénito. «La música conocida es más música, observa Alfonso Reyes, y la oreja, como la va presintiendo, parece que la disfruta dos veces».

Jamás en nuestra poesía romántica llegó la entonación lírica, por la delicadeza en la sensibilidad y por la armonía, a la prístina hermosura que se cuaja en la joyante vivacidad de esta silva mirífica:

¡Oh! vosotros que dais, árboles bellos,
sombra a la tierra, al aire galanura;
aves alegres que moráis en ellos
-305-
y con canciones adormís las horas;
volubles vientos que mecéis festivos
su copas cimbradoras;
diáfanas fuentes que esparcís frescura
al prado, al aire, a la arboleda oscura;
arroyos fugitivos
que corréis por hallar muelle reposo
dentro del huerto umbroso,
y entre las flores plácido remanso...
Árboles, aves, vientos, aguas puras.
Llegó por fin el día,
que tanto ansié, de haceros compañía.
Vengo a vosotros a buscar descanso,
vengo a olvidar mis crueles amarguras;
de hoy más junto a vosotros
vuestra vida será también la mía.

¿Lozano pámpano de cepa garcilasiana? Así se ha creído. Mas, para una apreciación objetiva, importa ponderar en lo que vale este aserto: el poeta soldado canta con refinamiento, propio de «cortesano evadido hacia la bucólica», una rusticidad ficticia, al paso que la gracia espontánea, fresca, sincera de Zaldumbide, no puede ser menos que vivida. Basta reconstruir mentalmente ese oasis de suave refrigerio que sería Pimán, en el camino de Ibarra al Chota desértico, entre la bochornosa aridez de

montes y arenales, cuidado por la mano solícita del poeta. Gonzalo Zaldumbide en «Égloga trágica» pinta así el huerto umbroso de su padre: «Esponjados y felices, colgaban ahí los naranjos, como globos incandescentes, sus rojos frutos; los cafetos lucían como recién dado de barniz su follaje acrinolinado, mientras los hermosos guabos, magnánimos y copiosos, todos a una en flor, blanqueaban, nevaban sobre el suelo negro, abandonando a la menor brisa, en copos innumerables, la fina pelusa de su floración. Entre el verdor más sombrío de los aguacates, los sauces palidecían, y alargaban su fina silueta espiritual y melancólica».

-306-

Es interesante reparar en los móviles que determinan la búsqueda de la Naturaleza en los dos amigos románticos: Montalvo, el prosista de verbo restallante, va al microcosmos maravilloso de Baños para templar su pluma batalladora, cabe colosales abismos y resonantes cascadas; Zaldumbide, «el mesurado y sensitivo poeta» se «torna agrícola para templar la lira en el retiro, la amena Naturaleza y la tranquilidad del alma»; y después del toque de silencio y poesía regresan del confortante aislamiento en la nemorosa soledad, con el alma luminosa, limpia de ese humor en el que «todo es desabrido, como los sabores en la lengua del enfermo», según decía el poeta del desasosiego, que le atediaba en el tráfigo citadino.

Las flores y los árboles

«A las flores» es el más logrado de los sonetos que escribió Zaldumbide. Justamente, escogido como paradigma del gayo troquelamiento de la rosa de catorce pétalos, engalana las antologías ecuatorianas.

Hace una treintena de años el erudito don Roberto Espinosa en un interesante «Estudio comparativo de crítica literaria», llamó la atención sobre el contenido del primer terceto:

En los campos del éter las estrellas
son flores celestiales, y en el suelo
vosotras sois estrellas de colores.

El crítico confrontó la idea, es decir, la magia poética del lugar común, con otras similares de poetas franceses y americanos. Pero antes sentó esta premisa: «Si se acepta que el fondo del sentimiento siempre ha sido el mismo, ¿por qué no han de ser idénticas las manifestaciones del pensamiento?». Y así es la verdad. -307- Al contemplar nuestro infinito dombo ecuatorial, tachonado de fulgores diamantinos, brota fácil y límpida la exclamación: Astros, ¡flores del cielo! Y a la luz vespéral, en un vergel en floración, en esta eterna primavera, emerge simple y fúlgida la metáfora: Flores, ¡estrellas de la tierra! ¡Cuántas veces nuestro poeta no suspendió el ánimo ante la magia colorista del carmen

cultivado por su mano y el tremor de los luceros surcando el firmamento con sereno fulgor! ¿Acaso no vibró en iguales éxtasis el sensitivo Lamartine, bajo el hermoso cielo de su rincón natal? Y como el lirismo, según la experiencia de Valery, no es sino el desarrollo de una exclamación, y en la poesía sólo se representa con palabras lo que las cosas tienen de apariencia de vida o de supuesto designio, es obvio que Lamartine y Zaldumbide, temperamentos románticos, se identifiquen en la misma hondura emotiva y en la expresión, ante estímulos ambientales semejantes.

En la poesía ecuatoriana esa metáfora tiene un claro abolengo de belleza: la insinúa Juan Bautista Aguirre en sus brillantes y gongorinos versos; la encierra Zaldumbide en la levedad de su estrofa clásica, transida de emoción romántica; la acendra Arturo Borja en la unción de su armonía:

Mayo en el huerto y en el cielo;
el cielo, rosas como estrellas:
el huerto, estrellas como rosas.

Los tres poetas sintieron la exclamación inefable a flor de corazón y la dejaron irradiar, a su manera, en bellos versos.

Corresponde a nuestros románticos, como una faceta de su amor a la naturaleza, la hermosa y útil labor de reivindicación del árbol. Recatada en postergación permanece en esa obra de Zaldumbide y Mera, que fueron nobles poetas agrícolas; de Luis Cordero, notable naturalista, exégeta de la flora medicinal ecuatoriana, -308- introductor de útiles plantas exóticas para, nuestros jardines, paradójicamente pobres.

A cada instante aparece el hondo cariño del poeta para el hermano árbol. A la sombra tutelar de guabos y cholanes, ceibos, aguacates y molles, patriarcas dadivosos de la buena tierra ecuatoriana, el poeta agrícola convocaba para el diálogo cordial a los portaliras de todas las edades.

Las meditaciones poéticas

Así como en su reacción ante la naturaleza vale más el espíritu cultísimo que la sintió como poeta, antes que el escritor que hizo versos, en las meditaciones poéticas importa el hombre que se angustió por el hombre y sus fines, y encauzó su existencia concorde a normas que le dan una orientación. Se ha hablado, insistentemente, del poeta filósofo que hay en Zaldumbide. Pero, en la generación romántica, ¿ha habido algún poeta o escritor filósofo? Ni Montalvo ni Zaldumbide ni Llona deben ser llamados filósofos, en rigor.

Con mayor verdad, Julio Zaldumbide puede catalogarse entre aquellos hombres de superior cultura, antenas de su época, a los que Ortega y Gasset llama cabezas claras. Bien sabido es que para el pensador español

hay dos castas de hombres: los meditadores y los sensuales. Garcilaso y fray Luis de León serían de los meditadores o cabezas claras. Garcilaso vive en un mundo espiritual saturado de bucolismo y platonismo; hacia el sueño bucólico tiende su inspiración. Fray Luis, meditador platónico, huye del caos de falsedad y se refugia en un bucolismo meramente literario. Zaldumbide en el seno de la naturaleza halla la paz y la claridad espiritual que busca su alma, ardiendo en intensos -309- anhelos de encontrar la verdad. Le atormenta el caos de la vida, el litigioso caos de Fernando de Rojas, y en él quiere ver claro:

En tu agosto retiro,
¡oh! la vida separemos
la vida separemos
del teatro infeliz de los mortales:
caos de confusiones,
angustioso espectáculo de males,
furioso mar que ruge alborotado,
do silba el huracán de las pasiones.

Nuestro poeta utiliza el término caos en el mismo sentido que Ortega y Gasset, cuando explica lo que es una cabeza clara: «el que vislumbra bajo el caos que presenta toda situación vital la anatomía secreta del instante; el que no se pierde en la vida, éste es de verdad una cabeza clara». No perdió su vida ni en el furioso mar de la política ni en las trivialidades sociales: la liberó de la realidad vulgar, de las estridencias del caos. Fue su pasión sentir la vida como poeta, vivir un bucolismo real, sin sombra de ficción, ser un vivo ejemplo del retorno a la tierra, de ese retorno aún esperado como una estela de salvación para la Patria azotada por el turbión de las pasiones burocráticas. Si bien es cierto que en la expresión en verso de sus sentimientos nuestro poeta se inclina fácilmente hacia la reflexión filosófica, ésta no alcanza mayor novedad o profundidad que la que le dieron sus maestros preferidos. Empero, hay que tomar muy en cuenta la observación del historiador de la literatura morlaca, G. Humberto Mata, quien afirma, certeramente, que Zaldumbide logra una «entonación potente» en sus poemas de meditación o filosóficos. El abolengo de las meditaciones poéticas de Zaldumbide está en las coplas de Jorge Manrique y en la poesía, filosóficamente envuelta en sutil veladura de pesadumbre, que tanto gustó -310- al alma castellana, macerada de ascéticas preocupaciones. Aflora también la influencia calderoniana, que se insinúa persistente en las letras ecuatorianas, desde «Carta a Lizardo», ese metafórico razonar sobre las dos muertes de todo ser viviente, hasta la «Eternidad de la vida», que es una meditación poetizada sobre la vida «que se pierde en las soporosas ondas del Leteo». Empero, nuestro romántico, como el caballero del ideal, don Quijote, ante la encrucijada de la duda y la fe, suelta la rienda a su compañero inseparable, su fiel corazón, que le conduce a prisa a la

añorada querencia, donde todo se ilumina en la esperanza.

El poeta elegíaco

«Y en sus poesías se muestra siempre triste», anotó Mera en la Antología ecuatoriana. Esa tristeza persistente es savia que asciende desde el humus hispano. Disuelta en el alma de nuestros pueblos, como un rejalgar corrosivo, contiene, no obstante, ciertas virtudes acumuladas en siglos de alquitaramiento. La poesía ecuatoriana, desde sus orígenes, ha estado embebida de seriedad y de tristeza: ¿la congénita tristeza humana acrecida en nuestra América romántica, al reflejarse en ese enigmático pozo de tristeza que es el alma aborigen?... ¿La telúrica tristeza de este Continente del tercer día de la creación?

«A la luz de la muerte es como hay que mirar la vida», dice el vasco Unamuno. A esa luz mirábala el poeta; y más cuando se le alejaban sus caras ilusiones o los seres de su predilección.

Aunque una vez afirmara:

Mi lira, la voz templada tiene
sólo para el gemido...

-311-

En rigor, no se puede calificar a Zaldumbide como poeta elegíaco, si bien es cierto que moja, a menudo, en lágrimas su pluma y que una tristeza serena se extiende en sus versos a la manera de los cendales grises que envuelven en horas vespérales las cimas de nuestros montes, dándoles un aire de indefinible pesadumbre. Su vena elegíaca pudo manar copiosamente en límpido raudal de haberse adentrado más en la exploración de ese mundo vastísimo, silencioso y fascinante del dolor humano.

De complexión delicada, Zaldumbide tuvo natural inclinación a la tristeza; sin embargo, sus composiciones elegíacas, estéticamente, no son las mejores. Quizá le fue más torturante y grato que el exutorio del verso, estar a solas con sus penas, en grave meditación, oyendo como la vida suena a queja y cumpliendo el ascético ayuno de la palabra enternecida para la fortificación del alma. Largos compases de silencio se advierten en la vida del poeta, y en ellos el llanto es como un sedante milagroso para la ardentía de su apasionado corazón.

El poeta de amor

En la poesía del amor, entre los de su generación, Zaldumbide se perfila como el poeta de grandes posibilidades líricas, sin estrambóticas exageraciones y aún como el primer mensajero de la innovación que floreció

a comienzos de este siglo, el modernismo, que no es sino el fruto romántico postrero, acendedor de zumos de raras exquisiteces. Todas las modulaciones de la poesía amorosa, en el contenido y en la forma, fluyeron de la lira de Zaldumbide: el soneto, el madrigal, la serenata, la trova, la oriental, la canción, el poema de compromiso galante y el de espontáneo brote.

-312-

Detengámonos en el aserto de que Zaldumbide es el precursor, el poeta de la aurora de una modalidad en la lírica ecuatoriana. Lleguémosnos con cautela hasta los versos de «Melancolía» para captar el tremor doliente del misterio que pasa sellando los labios sangrantes y cegando la luz con repentinas lágrimas: el júbilo de estar cerca de la mujer amada se esfuma en muda escena de agonía... La emoción dolorosa, la nostalgia, el anhelo insatisfecho, el ala negra de la muerte, el ritmo fluyente palpitan en el poema, que no disonaría en un florilegio modernista.

Si nos atenemos a la tendencia de buscar en todo poeta los síntomas de la timidez y la sublimación, en Zaldumbide hallaríamos que se cumple, en lo tocante al amor, aquella confesión rubendariana: «Yo era tímido como un niño...». Y los versos de nuestro poeta se prestarían para un ensayo en este sentido. Por entre la euritmia de las estrofas emergen los perfiles armoniosos de la mujer que encarna extremadas perfecciones: «silueta aérea, traslúcida», «que nada dice a los sentidos». Era el ideal del eterno romántico. Era Dulcinea la soñada, «la trocada mediante encantamientos», tal como en su diario de ensueños y sublimaciones nos la deja entrever el paradigma del romántico, don Quijote... «hermosura sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad...». Naturalmente, que a través de las composiciones amorosas y galantes de Zaldumbide reaparece la fragante huella garcilasiana, la de los devaneos amorosos del poeta cortesano, que cuajaron en las exquisitas mieles de sus canciones. Y aún cabe reparar en un detalle: en la escogencia y en la parquedad del uso del epíteto para caracterizar el sustantivo, constituyendo lo que Dámaso Alonso llama el sintagma analítico de tipo afectivo-estético, y en el empleo de ciertos términos, preferidos de los renacentistas, está latente el influjo del suave Garcilaso.

-313-

El crítico y una original clasificación

Zaldumbide fue crítico estricto y severo, como lo evidencian sus cartas a Mera, y a otros poetas que le pedían sanción y consejo para sus producciones. Conocía el detalle nimio de la artesanía hermosillezca para acuñar versos y poseía la sabiduría poética. Por eso, no perdonaba defectillos, pero valoraba con certeza toda legítima manifestación de poesía: castigaba y estimulaba; amonestaba y sugería; señalaba imperfecciones de toda índole y aplaudía hallazgos; no prodigaba ditirámicas aprobaciones ni injustificados adulos. Sin ínfulas, sin vanidad intelectual, ejercitaba una benéfica rectoría en las letras, una sabia docencia de censor, que permanece, no sabemos si subestimada o desconocida, como la influencia de mentor en la promoción romántica que

desplegó el poeta Miguel Riofrío, el de los aplausos a «Canto a la Música».

Admitía el crítico Zaldumbide una esencial clasificación dicotómica en la producción poética: composiciones hechas con gana y con desgana. Habló de la gana como impulso para elevar el alma hasta ese trance en el cual se engendra la palabra poética o como la «óptima disposición para apreciar el verso». Esta simple y vital posición la expresó claramente en una carta a Mera, criticando una composición no bien lograda. «Creo, le decía (debajo de mejor parecer), que su composición 'A la Laguna de Colta' peca bastante contra los requisitos que me he atrevido a apuntar. Encuentro artificio en ella; pero esto es más fácil repararlo que explicarlo; usted mismo ha gala dormir por algún poco de tiempo, y después léala, y le notará bien lo artificioso y poco fluido; y aun esto no lo haga usted así, a cualquiera hora, sino cuando natural y especialmente se sienta atraído por el deseo de leer buenos versos, quiero decir, cuando sienta bullir en su mente el espíritu poético, aquel no sé qué, ese intrínquis -314- de poesía, esa segunda percepción de los sentidos del alma. Cuando uno no espera para escribir que se le venga esta hora propicia, los versos salen pujados por falta de gana», (como dijo Quevedo de unas lágrimas).

¿Acaso en estas clarísimas ideas sobre la gana no se adelanta a exponer conceptos que ahora se los cree novedosos? Luego concluye: «y puede la obra entonces manifestar talento y habilidad en el artífice, pero nunca ocultará el durillo afán que le ha costado, y lo mejor del arte es siempre el saber muy bien esconderlo». Parécenos que este literato para apreciar el talento y la habilidad del criterio tiene asombrosa semejanza con la opinión de Valle Inclán, quien sostenía que en la obra de arte no debe advertirse nunca el esfuerzo, porque ocultar la fuerza es doblarla.

Enfoque final

«Sabio humanista, que había tenido cabal formación», al decir del eximio historiador Julio Tobar Donoso, en el poeta Zaldumbide encontramos una rica gama de influjos provenientes de los autores que constituyen el substrato de nuestra cultura. De allí su elevado sentido de equidad, su penetrante visión no sólo en el campo de las letras sino en las delicadas cuestiones internacionales, en la apreciación de los hechos históricos y hasta en los asuntos de orden práctico. Válganos un ejemplo, en que se incluye también a Montalvo, su amigo de erranzas y cogitaciones en el Quito romántico: ambos eminentes letrados sostuvieron, contra la marea dominante, la opinión de que era indispensable armonizar lo grande de España con lo pujante de América, y no empeñarse en separarlas con oleadas de resquemores y odios infecundos, contraproducentes y hasta absurdos.

-315-

En su poesía se saborea «la áurea prudencia del corazón», tan propia de los literatos de la Edad de Oro castellana, a los que prefirió para sus lecturas. Poeta consciente, jamás se prendó de los románticos puramente sentimentales y empenachados de vaniloquios para conquistar el aura popular.

El poeta Julio Zaldumbide pertenece a la jerarquía de los valores ecuatorianos del siglo XIX. Su vida es un paradigma lúcido para nuestro tiempo de cerrazones, grávido de vulgaridad, saturado de utilitarismo, carente de hidalguía y hermosura en la acción y en la palabra.

Un día el poeta se vio en medio del caos de mezquindades de nuestra política de campanario. Al hombre culto y de manos limpias, que por general asentimiento debía regir la República, le tendió trampa alevé un conciliábulo de ambiciosos. Agudizose, entonces, su desasimiento de las cosas, dio de mano a muchos afanes literarios y púsose a filosofar en serio... Buscó el refugio cuasi maternal de la Naturaleza para sentir con plenitud ese gozo de legítima categoría estética, del cual le hablaba a Mera desde la selva remota: «Me basta sentir como poeta; el ser tenido como tal me importa poco». Tornose agrícola, porque, son palabras de Alfonso Reyes, «el bálsamo de la agricultura mitiga las llagas de la política». Tuvo gana entrañable de oír en plena Naturaleza la voz profunda de Virgilio. «La voz que sabe prestar a la agricultura toda la potencia de la poesía». Y allá fue, a los soleados y franciscanos campos de Pimán, para hundir en ellos sus raíces de sentimiento y darles una alma nueva, florecida de belleza, iniciando con apremiante urgencia, en auroral anuncio, el cumplimiento del mensaje que rezumante de amor a la Patria enviara a las nuevas generaciones Gonzalo Zaldumbide, quien a su regreso espiritual a Cuenca, la ciudad síntesis del alma ecuatoriana, pedía con férvida palabra: «A nuestra tierra desnuda cúbranla nuestros poetas con la profusa yedra de sus cantos. Dé el arte un alma de -316- belleza a nuestros campos humildes. Ya que la historia no los ha revestido aún del prestigio de glorias universales, ya que falta a la novedad de nuestros monumentos la nobleza de las piedras viejas, de majestad milenaria, cúbranlos de viviente y sensitiva hermosura poemas nutridos de savia de amor por el propio suelo».

Selecciones

Primeras poesías

La estrella de la tarde

I

¡Salud, oh estrella de la tarde!, rosa
del jardín del crepúsculo brotada;

¡salud, estrella de la tarde!, hermosa
cual virgen al festín aparejada.

¡Estrella del amor!, cuando te miro 5
brillar entre las sombras ¿por qué, dime,
triste mi corazón lanza un suspiro
y un ansia vaga de llorar me oprime?

¿Por qué tu puro rayo me estremece?...
¿Por qué, oh Natura, si tus cuadros veo 10
a esta hora melancólica, padece
mi alma, mecida en triste devaneo?

¡Vaga tristeza! ¡Envuélveme en tu velo!
Guía mis pasos por la hojosa alfombra
de estos hermosos árboles; anhelo 15
sólo silencio, soledad y sombra...

La dulce sombra de mi amada, a solas,
vendrá tal vez a suspirar conmigo,
junto a este río de dormidas olas,
de los placeres de los dos testigo. 20

-320-

II

Era la tarde. Aquí bajo estos sauces,
sentado al margen de este mismo río,
yo te miraba, estrella, en el sombrío
crepúsculo brillar.

El agua en su cristal te reflejaba 25
y corría con plácido murmullo;
de la tórtola oía el blando arrullo
del aura el suspirar.

Y yo esperaba con el alma triste,
inquieto el corazón y palpitante; 30
atento oyendo de la brisa errante
el más leve rumor;

y al fin de tantas, tan amargas horas
de vano padecer y ansiar penoso,
¡ay! esperaba el término dichoso 35
de mi acerbo dolor.

La sombra del cuidado, de mi frente,
al escuchar tu voz desaparecía,
a tu celeste aparición latía
mi amante corazón. 40

La esperanza que el pecho me agitaba
se exhaló al aire en canto melodioso;
mi lira resonó con vagaroso,
melancólico son.

III

Cual sílfide ligera que del prado 45
no huella con sus pies la leve alfombra,
cual con callado vuelo, entre la sombra
viene un ángel al triste a visitar,
por entre la espesura de ese bosque,
y de la tarde al esplendor de rosa, 50
ligera y sin rumor, cándida, hermosa,
cuán venturoso, la miré llegar.

-321-

Después, tú viste, estrella de los cielos...
Mas, ¿quién podrá contar lo que tú viste?
¿Dónde una misteriosa lengua existe 55
que dé su acento al inefable amor?
¡Ah! ¡si supiera hablar como las auras
que vagan por el aire y se adormecen
en tálamos de flores, o estremecen
los árboles con plácido rumor! 60

Si fuera el ruiñeñor enamorado
que cuenta a los rosales sus dolores
que revela a la brisa y a las flores
los ardientes secretos de su amor;

si tuviera la lengua del arroyo 65
que manso corre por el prado hermoso,
que bulle en los jardines sonoro,
o salta del marmóreo surtidor.

Entonces, al compás de mi arpa triste,
contara mi secreto a las auroras, 70
a la luna y al sol... a todas horas,
y siempre, siempre con igual fervor.
Mas quede oculto: el sello del silencio
guarde en mi alma el tesoro de ternura;
y cuelgue el arpa aquí de mi ventura... 75
¡ya el placer, el amor, todo pasó!

¡El placer, el amor!... ¡Ah! mi existencia
de nuevo la tristeza martiriza;
esta lágrima, oh Dios, que se desliza
te dice sola lo feliz que fui. 80
Cuando luce la estrella vespertina,
vuelvo a pensar en mis pasadas glorias
y en la copa feliz de mis memorias
vuelvo a beber el néctar que bebí.

-322-

Las estaciones

A Laura

Cuatro estaciones hay en nuestra vida
como en el año, Laura:
Una en que el cielo es puro, mansa el aura,
que corre entre las flores adormida:
ésta es aquella dulce edad primera, 5
de nuestra vida alegre primavera.

Tras ésta viene aquella que aquilones
tan furiosos desata,
que nuestras ilusiones arrebató,
y nos deja por fin sin ilusiones; 10

como el ventoso otoño que despoja
de su verdor el bosque hoja por hoja.

Después, muerta la fe, la ilusión ida,
y en su lugar la duda,
nuestra existencia en soledad se muda, 15
se esteriliza el campo de la vida
al abrasado soplo del hastío;
ésta es la edad sin flor, es el estío.

Y viene en fin aquella edad sombría
de miserias cargada, 20
que ya se hunde en las sombras de la nada,
-323-
la escuálida vejez, la vejez fría,
envuelta de dolor en las tinieblas:
invierno triste de ateridas nieblas.

Y estas cuatro estaciones de la vida, 25
una tras otra vienen,
y pasan ¡ay! y nunca se detienen
del raudo tiempo en la veloz corrida,
que sacando a los hombres de la nada
los lleva de la muerte a la morada. 30

-324-

Melancolía

A Laura

Flota en los aires, de la tarde el velo;
y al mismo paso que las sombras cunden
de la atezada noche en el espacio,
dolorosos y oscuros pensamientos
nacen dentro del alma y se difunden. 5

Contempla, Laura, en el tendido cielo
esas nubes que vuelan

arrebatadas de invisibles vientos...
¿A dónde van?... Mi triste fantasía
suelta vagando, por doquiera mira 10
misterios que al placer no se revelan.
Parece que suspira
en torno nuestro el aura voladora;
parece que al oído
nos dice cosas tales, 15
que sin saber nuestra alma su sentido,
al escucharlas se estremece y llora.

¿Qué es esto, amada mía?...
¿Por qué en hondo silencio nos miramos
y tus ojos se llenan y los míos 20
de repentinas lágrimas?... No ha mucho
que en amorosos juegos la pradera
nos miró andar, sus flores recogiendo:
-325-
tú reías alegre y yo reía...
Y ahora al recuerdo del placer perdido, 25
lloro yo... lloras tú... y ambos callamos.
Laura, la noche avanza y muere el día...
¿Será que el veloz tiempo nos advierte
en esta muda escena de agonía,
que tu pasión así, y así la mía, 30
morirán al venir la oscura muerte?...

Laura, la sombra sube y se adelanta,
y al aire tiende ya su negro tul;
la estrella de la tarde se levanta
al firmamento azul. 35

«Ella verá a los dos», tú me dijiste;
«quiero hablarte a su cándido fulgor».
Hela allí que ya luce; inquieto y triste
te espero dulce amor.

Y no apareces... ¡ay! los ojos míos 40
los vuelvo en derredor con ansiedad,
mirando por los árboles sombríos,
y no hallan tu beldad.

¿Por qué tardas? Hermosa es tu presencia
como en la sombra el astro del amor, 45
paz esparcen tus ojos e inocencia,
y tu frente candor.

-326-

El amor en la adolescencia

E un bel desio, che nasce
allor che men s'aspetía.

Metastasio

¿Quién eres tú, oh muda compañera
de mi tristeza solitaria? Di,
¿quién eres tú que fuese a donde quiera
siempre a mi lado cándida te vi?

¿Por qué al mirarte el alma estremecida 5
siento, y el pecho palpitar de amor?
¿Por qué me ves como a piedad movida?...
¿Qué a ti mi soledad y mi dolor?

¿Qué lazo te une a mí? ¿Qué malhadada
suerte te pudo a un infeliz ligar? 10
¿Eres visión, verdad, sombra de nada,
o de mi vida el genio tutelar?

Acaso vienes tú del alto cielo,
y no sé yo tu celestial misión...
¿A qué viniste? ¿Traes el consuelo 15
a mi desconsolado corazón?

Mis infantiles goces y recreos
no conocieron tu amorosa faz.

¿Creáronte por dicha los deseos
cuyo vago anhelar siento voraz? 20

-327-

Yo no sé, dulce sombra, desde cuándo,
no sé dónde, visión, te uniste a mí;
conmigo estás desde que estoy pensando;
junto con el dolor te conocí.

Te veo en el silencio, en los festines; 25
te encuentro allí donde mi planta va,
en el bosque, en el valle, en los jardines;
en ésta, en otra parte, aquí y allá.

Ninfa en el bosque, en los jardines Flora,
grave genio en la agreste soledad; 30
en los campos con sayo de pastora,
con rico velo y manto en la ciudad.

Dulces tus ojos son y pensativos
cual los ojos del ángel del amor;
y vas flechando en mí sus atractivos 35
con muda magia y silencioso ardor.

Tienes la faz de cándido querube,
misteriosa mujer, sombra ideal;
vaporoso es tu traje cual la nube,
y liviano tu talle y virginal. 40

Con la aurora apareces en oriente,
y envuelta en su rosado velo vas;
y aunque te vayas con el sol poniente,
conmigo en la callada noche estás.

Oigo tu voz en la aura pasajera, 45
del arboleda en el fugaz rumor,
cual la voz del deleite lisonjera,
tierna como el suspiro del amor...

Perfecta es tu beldad: pero ¿quién eres?,
no comprendo el arcano de tu ser. 50
¿Has venido del cielo?... ¿Qué me quieres?

Tu nombre y tu misión hazme saber.

-328-

-«¿No revelan mi nombre a tus oídos
»el río, la pradera
»los céfiros floridos, 55
»el cielo, el sol, Naturaleza entera?

»El amor es mi nombre:
»nazco de la esperanza y el deseo
»en el pecho del hombre,
»y soy primero un vago devaneo; 60

»Después soy el placer que en dulce fuego
»el universo inunda,
»y soy el dolor luego
»que le sumerge en lobreguez profunda».

-329-

A las flores

Prole gentil del céfiro y la aurora,
nacida con el don de la belleza;
gracias con que la gran naturaleza
ríe, y su augusta majestad decora.

La luz del sol, que el universo dora, 5
no tanto de su frente en la grandeza,
cuanto en vosotras linda se adereza,
y con matiz más gayo se colora.

En el campo del éter las estrellas
son flores celestiales, y en el suelo 10
vosotras sois estrellas de colores.

Tan puras sois, en fin, al par que bellas,
que pienso que del mundo el claro cielo
no tiene cosas más... que almas y flores.

Espera

(De Víctor Hugo) - Traducción - Esperaba, desesperaba.

Ardilla, sube a la rama
de la corpulenta encina
que tiembla, al cielo vecina,
del aura al soplo menor;

cigüeña, a las torres fiel, 5
oh, vuela con ligereza
del campo a la fortaleza,
del campanario al torreón.

Vieja águila, de tu nido
vuela al monte centenario 10
que envuelve como un sudario
la blanca nieve invernal;

y tú, a quien muda en el lecho
nunca halló la bella aurora,
sube, sube voladora 15
al cielo, alondra vivaz.

Y ahora, de lo alto del árbol,
de lo alto del campanario,
desde el monte centenario
y desde el cielo turquí, 20

en el brumoso horizonte,
¿no veis flotar una pluma
y un caballo entre la bruma?...
¿No veis mi amante venir?

Trova

Son tus ojos dos estrellas
que derraman luz y amores
 celestial;
y luces entre las bellas,
como el lirio entre las flores 5
 virginal.

Tú, la más linda en la danza,
tú, la de más gentileza,
 más primor;
y puestas en la balanza 10
mil bellezas, tú belleza
 la mejor.

Feliz aquel que se abrace
en la lumbre de tus ojos
 seductores; 15
feliz quien su vida pase
en tributarte de hinojos
 su amores;

y por ti viva gimiendo,
por ti viva suspirando, 20
 por ti muera;
aunque se fuere volviendo
un sueño el bien que, soñando,
 de ti espera:

-332-

que no han de ser duras penas 25
las que por ti en los amores
 le vendrán,
y del amor las cadenas
pesadas no, mas de flores
 le serán. 30

Dichoso quien de tu boca
suspire por solo un beso
 de ambrosía,
y en la ilusión que él evoca,
sea tu sombra su embeleso, 35
 noche y día.

Y de la noche a la aurora
de un alba a la otra, soñando,
crea cierto
que de hinojos te enamora, 40
y entre un sí y un no, temblando,
dude incierto:

que esa angustia que le prensa,
esa profunda zozobra
que le abisma, 45
tiene en sí su recompensa:
el dulce placer que cobra
de sí misma...

¡Oh, quien goce de tu amado
labio las sonrisas llenas 50
de consuelo,
podrá decir que ha gozado
en este valle de penas
todo un cielo!

Y aquel feliz que obtuviera 55
un beso en prenda inefable
de tu amor,
¡vive Dios! que no dijera
que la vida es yermo horrible
de dolor. 60

-333-

Al dolor

Hiere, hiere, ¡oh Dolor! He, aquí desnudo
mi inerme pecho: el protector escudo
que en otro tiempo rechazó tus dardos,
roto en pedazos estalló a tus golpes,
y contra ti ya nada me defiende. 5
¡A ti me entrego en mi fatal despecho!
Hiere, pues, rompe, hiende,
destroza sin piedad mi inerme pecho.
Pero sabe, oh Dolor, que, aunque rendido,
a ti me doy perdida la esperanza; 10

no me verás doblar la erguida frente
y el rudo bote de tu ardiente lanza
del corazón herido
no arrancará ni queja ni gemido
ni de su llanto hará correr la fuente. 15
Y acaso el solo ruego
que escuchen de mis labios tus oídos,
será que de tu brazo formidable
en mí descargues tan tremendo y fuerte
que con sólo ese golpe me des muerte, 20
dando fin a esta vida miserable.

-334-

A mis lágrimas

Corred, lágrimas tristes,
que es dulce al alma mía
sentiros a raudales
del corazón manar;
corred, que los suspiros 5
que exhalo en todo el día
las ansias de mi pecho
no bastan a calmar.

Triste, férvido llanto,
tus gotas de amargura 10
mitigan celestiales
la sed del corazón;
y sólo tú suavizas
mi horrenda desventura,
y sólo tú consuelas 15
mi lúgubre aflicción.

Que cuando de la cima
de dulce venturanza
desciende el alma al golpe
del dardo del pesar, 20
si entonces con la dicha
perdemos la esperanza,
nos queda sólo el triste
consuelo de llorar.

-335-

Y así la flor marchita 25
revive del consuelo
con lágrimas regadas
por lóbrego dolor,
como al nocturno llanto
de tenebroso cielo 30
cobran las flores secas
su aroma y su color.

Corred, lágrimas mías,
consuelo a mis dolores;
en férvidos raudales 35
del corazón manad;
y así, de mis ensueños
revivan ¡ay! las flores
que ha marchitado el rayo
del sol de la verdad. 40

-336-

A mi corazón

¡Corazón! ¡Corazón! ¿Por qué suspiras?
¿Por qué los muros de tu cárcel bates?
Es imposible, corazón.... ¡Deliras!
Infeliz corazón, en vano lates!

Siempre contuve tu ímpetu violento 5
desde que pude conocer el mundo;
siempre fui sordo a tu amoroso acento,
sin tener compasión de tu ¡ay! profundo.

¿Sabes por qué? Tras vanas ilusiones
(ilusiones no más, bien lo sabía) 10
quisiste ir como otros corazones
a buscar, necio... ¿qué?, lo que no había.

A buscar el amor... amor no se halla;
a buscar la virtud... la virtud, menos;
por eso yo te opuse firme valla, 15
y no tuviste días de horror llenos.

Conozco el mundo y sé la red que tiende:
su mano oculta enherbolada vira
a cuya punta el corazón aprende
lo que va del amor a la mentira... 20

Y tú querías con ardor vehemente
lanzarte al mundo, ciego en el engaño;
ibas a perecer, pobre inocente,
al filo de su arma, el desengaño...

-337-

¡No, jamás corazón! Cese tu acento; 25
calma tu afán, desecha la esperanza;
ese bien que demanda tu lamento
es un bien que en el mundo no se alcanza.

¡La virtud! ¡La virtud!... es vano nombre;
sonar la oírás en nuestra impura boca, 30
pero en verdad no la conoce el hombre
ni responde a su voz cuando la invoca.

¡El amor! ¡El amor! Dulce consuelo,
supremo goce de la humana vida,
única flor que aromatiza el suelo, 35
felicidad del cielo descendida...

Mas, otra vez, oh corazón, suspiras
y el fuerte muro de tu cárcel bates.
¡Es imposible, corazón!... ¡Deliras!
¡Infeliz corazón, en vano lates! 40

-338-

El llanto

Cuando yo considero que en la vida
no he cogido de amor ninguna rosa;
cuando no miro en duda tenebrosa
surgir lejana una ilusión querida;

cuando de hiel colmada la medida 5

de mi dolor el cáliz rebosa;
cuando el alma en su lucha tormentosa
se postra al fin sin fuerzas abatida,

la frente inclino; en abundante vena
desátase mi llanto, y baña el suelo, 10
y mi alma poco a poco se serena.

De la tormenta así el nubloso velo,
revuelto en confusión, se rompe, truena,
desciende en lluvia, y resplandece el cielo.

-339-

Madrigal

¿Qué dices, Laura, de esta flor? ¡Qué hermosos
sus pétalos en lustre y en color!
Mira con qué arte agrúpanse graciosos
del frágil tallo asidos al redor.

Empero, ve de un soplo disipada 5
tanta hermosura... ¡Efímero primor!
¿Qué ves ya de la flor? El tallo... nada,
porque en no habiendo pétalos, no hay flor.

Ahora, Laura, dime: ¿De qué el emblema
aquellas hojas y este tallo son? 10
¿De tu placer, de tu beldad suprema,
de tu inocencia o tu fugaz pasión?

No imagen tuya, Laura, esas caídas
hojas, y el despojado tallo son:
las hojas son mis ilusiones idas 15
y el tallo es mi desierto corazón.

-340-

En tempestad sin tregua de bonanza...

En tempestad sin tregua de bonanza
sufrir, llorar, de amor la pena dura,
sin ver para más grande desventura
ni en tu esquivéz ni en mi dolor mudanza.

Fingir acaso en bella lontananza 5
dichoso porvenir a mi tristura;
ver luego disiparse su luz pura,
y, cual siempre, quedar sin esperanza.

Aquéste es mi destino, Delia impía.
Mas, tú contemplas con desdén mi llanto... 10
¡Ay! Si has de ser de piedra a la agonía

del pobre corazón que te ama tanto,
¿de qué me ha de servir esta traidora
llama que en él prendiste y le devora?

-341-

Yo vi esa triste nube...

Yo vi esa triste nube el firmamento
apacible cruzar en claro día,
brillante de arrebol y de alegría
cual de mi dicha el rápido momento.

En medio del celeste pavimento 5
que en purísima luz resplandecía,
en las auras del cielo se mecía,
como en sueño de amor el pensamiento.

Mas, ay, que huyó su brillo y hermosura
al estallar el trueno en la alta cumbre, 10
y ahora la miro en tempestad oscura,

en centellas arder de roja lumbre:
imagen triste de mi cruel Señora,
¡antes tan dulce, y tan airada ahora!

De La Naturaleza

La mañana

Leve cinta de luz brilla en Oriente,
como la fimbria de oro
del ropaje del sol resplandeciente;
y éste es el nuncio de la luz del día.
El pueblo de las aves que dormía 5
en el regazo de callada noche
rompe el silencio en armonioso coro,
y un cántico levanta al que infalible
su cotidiano sol al mundo envía.

Raya el alba; las sombras que esparcidas 10
por los aires, tejían silenciosas
el tenebroso velo
en que yacía envuelto el ancho suelo,
ciegas ante la luz y confundidas
se rompen, al ocaso retroceden, 15
y el espacio y el cetro al día ceden.
Recoge el manto la vencida noche,
y aparece triunfante
entre aplausos y goces de victoria,
en su inflamado coche, 20
el Rey del Cielo espléndido y radiante.

Cunde al punto la luz de la mañana,
se alegra el valle, el monte resplandece,
la niebla que en la noche cubrió el suelo
se rompe fugitiva y desvanece, 25
o en ondeantes penachos sube al cielo.
Bulle el viento en los árboles sonoro,
brilla en las verdes hojas el rocío,
murmura el arroyuelo
entre las flores dulce, y más osado 30
rumor levanta el impetuoso río;
allá resuena la floresta umbría
con el alegre, bullicioso coro

de pájaros cantores.

Despiertan la cabaña y la alquería; 35
del humo del hogar al cielo sube
la doméstica nube,
y la vista recrea
el afanar del laborioso día:
ya el labrador empuña el curvo arado, 40
y alegre con la idea
de la futura henchida troje, rompe
el seno inculto del fecundo suelo,
poniendo la esperanza y el cuidado
en el labrado surco y en el cielo; 45
se abre el redil y saltan las ovejas
y vanse por el campo derramadas
la tierna grama que mojó el rocío
paciendo regaladas.
Allá se agita, la afanosa siega 50
y la dorada espiga
al corvo diente de la hoz entrega
el precioso tesoro,
galardón del sudor y la fatiga.

¿En dónde estás ahora, 55
oh noche, ciega noche engendradora
de larvas espantosas?
¿Dónde llevaste ya tu triste luna,
y tu corte de estrellas silenciosas?
-344-
Éste es él sol, que el alto cielo dora. 60
Éste es el sol, que viste
la campiña de espléndidos colores:
pintadas brillan a su luz las flores;
a su luz resplandece
la vívida esmeralda de los montes, 65
y aspirando en su luz Naturaleza
de inmortal vida el poderoso aliento,
rejuvenece su inmortal belleza.

Éste es el sol, a cuya luz el mundo
sacude el sueño que durmió profundo 70
en tu regazo, oh noche, y resonante
gira de nuevo en su eje de diamante,
lleno de juventud, de vida lleno,
como en aquel primero día, cuando
el ciego Caos fecundó tu seno, 75
y echaste dél afuera

la creación entera
que giró en los espacios rutilando.

¡Salve, oh tú esplendoroso
Rey de los otros orbes, sol fecundo! 80
Mi voz con la del mundo,
salve, te dice, genitor glorioso
de toda vida y todo ser que encierra,
por cuanto abarcas en tu luz, la tierra.

¡Cuán de otra suerte, oh sol, te saludaba 85
cuando yo, de los hombres
en el común tropel iba mezclado,
de la ciudad habitador hastiado!
El corazón marchito, el alma fría,
cegada ya la fuente 90
del entusiasmo, y el estéril tedio
consumiendo la flor de mi existencia,
mi juventud amada.

Tal era yo aquel tiempo, y tal vivía;
y entonces maldecía 95
tu refulgente luz, tu luz sagrada
porque ella no traía
placer al alma, ni al dolor remedio.

-345-

¡Ya ese tiempo pasó!... Hora que el cielo,
propicio en fin, mis votos ha cumplido, 100
dándome horas de paz, serenos días;
húndase en las tinieblas del olvido
esta de gran dolor época fiera;
no vengan sus recuerdos
a acibarar mis dulces alegrías: 105
regenerado estoy, y no quisiera
la idea conservar de lo que he sido.

A ti, naturaleza, esta que siento
inmensa vida rebosar en mi alma,
a ti la debo sola; tú eres fuente 110
de vida inagotable: el pecho triste
que se marchita al abrasado aliento.

De mundanas pasiones,

bañado en ti, renacerá al momento
al perdido vigor y nuevamente 115
encontrará perdidas emociones.
El infelice que bebió del mundo
el cáliz del dolor emponzoñado,
el labio ponga en tu raudal fecundo
y beberá el placer... Naturaleza, 120
tal hice yo, y en mí nuevo infundiste
gozo, desconocido a mi tristeza;
por ti mi herido pecho desmayado
vuelve a latir y en nuevo ardor se inflama,
y por ti en fin mi espíritu cansado 125
que aborreció la vida, ¡ya la ama!

-346-

El mediodía

I

En la amena floresta
de un bosquecillo, se alza la espesura,
do el ardor de la siesta
se templá, do murmura
una de humilde vena fuente pura. 5

Allí, cuando subido
el sol a la mitad del alto cielo,
cuando más encendido
su ancho disco sin velo
el aire enciende y abochorna el suelo. 10

Del césped en la alfombra
suelo sentarme de frescor sediento;
un árbol me da sombra,
blanda música el viento
e ilusiones el vago pensamiento. 15

Allí, el sauce, agitando
su ramaje de plácida verdura
recrease mirando
su halagüeña hermosura

en el espejo de la fuente pura. 20

Copa el cedro elevada
esparce en la región do el viento mora:
parece levantada
mano abierta que implora
dulce rocío a la celeste aurora. 25

-347-

Y allí el de los amores
favorito gentil la frente umbrosa
levanta, y en las flores
derrama la amorosa
sombra que plugo a la más bella diosa. 30

Y en dulce compañía
otros árboles crecen allí unidos;
y allí la melodía
de mil vagos ruidos
el ánimo suspende y los sentidos. 35

II

¡Oh, cuán dulce es oír los rumores
de las hojas, del céfiro lira!
¡Oh, cuán dulce aspirar de las flores
la fragancia que el éxtasis inspira!

¡Oh, qué grato escuchar de la fuente 40
el suspiro que apenas murmura!
¡Oh, que dulce sentir su frescura!
¡Oh, que dulce sentir su frescura!

¡Y qué dulce y qué grato y qué hermoso,
entre aromas y paz y armonías, 45
no sentir el volar fatigoso,
no sentir el valor de los días!

¡Y dejar deslizarse serena
esta amarga, esta mísera vida,

como huye esa fuente en la arena, 50
en un sueño de paz adormida!

¡Y vivir sin que llegue al oído
a turbar el silencio profundo
de los hombres el vano ruido,
de ese mar que llamamos el mundo!... 55

-348-

¡Oh!, ¡si aquí, bella Cintia estuvieras,
si al aroma del aura tu aliento,
y tu voz amorosa añadieras
al murmullo del agua y del viento!

¡Si al matiz de estas flores juntaras 60
de tu labio el color purpurino;
si este bello jardín hermosearas
con tu rostro apacible y divino!...

¿Sacrificas la paz de tu alma
a esa vida de tristes pesares? 65
¿No apetece del cuerpo la calma?
¿Te es tan grato el bullir de esos mares?...

Aquí todo es amor, todo amores:
Ama el árbol, el ave y la fuente;
aquí amar aconsejan las flores, 70
y lo enseña la tórtola ardiente.

Aquí habita el placer en las rosas,
do quier vaga un deleite sin nombre,
dice el céfiro aquí tales cosas,
que no dice la lengua del hombre... 75

III

¡Ven, Cintia, ven! A mi amoroso lado.
Aquí, solos los dos, sin más testigos
que las aves, los árboles y el prado,
silenciosos amigos

de secretos amores, 80
me amarás con más fe, con mayor fuego.
Huye el aliento de ese mundo impuro
que cuanto toca lo corrompe luego:
aquí tu corazón será tan puro
como este cielo es puro y son las flores... 85

-349-

Y tú, dejando aparte
esos adornos que inventara el arte
de necia vanidad, y engalanada
con la sencilla flor que la luz cría
del alba nacarada, 90
más hermosa serás que nunca fuiste.
El fastidio, el dolor, la duda triste:
eso el mundo te da; Naturaleza
te ofrece aquí la paz y la alegría
junto con la inocencia y la belleza... 95

IV

Mas, ¿a dónde me llevas
en tu blanda corriente, oh desvarío?...
¡No! tus alas no muevas,
oh, pensamiento mío,
a do has de hallar el desengaño impío. 100

Vuelve, vuelve a los senos
de este ameno recinto; libre gira
por ellos, que a lo menos
aquí nunca se mira
oculta la traición y la mentira. 105

Ve al prado, al cielo puro,
al solitario monte, al bosque umbroso
y volarás seguro;
mas nunca al borrascoso
mar de los hombres vayas ambicioso. 110

Porque allá el viento insano
de las pasiones mueve el desconcierto;
y buscarás en vano

allá tranquilo puerto:
aquí lo tienes más seguro y cierto. 115

-350-

La tarde

Con majestad sublime el sol se aleja,
y el extendido cielo
a las encapotadas sombras deja,
que ya le cubren con umbroso velo.

¡Qué solemne misterio! ¡Qué profunda 5
de paz y de oración grave tristeza.
ya el sol llega al ocaso
y la noche le sigue a lento paso.

En duelo universal naturaleza
se despide de aquel que la fecunda: 10
triste el cielo se enluta, gime el viento,
el mundo eleva unísono lamento.

Ya el rumiador ganado lentamente
desciende por la húmeda colina;
cansado el labrador deja la era 15
y a su rústica choza se encamina.

¡Qué misteriosa el aura pasajera
suspira y pasa! El ave en sordo vuelo
por las ramas se mete en pos del nido.
Sólo se oye el zumbido 20
de los insectos, que tal vez lamentan
desde la yerba del humilde suelo
la partida del claro rey del cielo.

-351-

¡Adiós, sol refulgente!
Yo también uniré mi voz humilde 25
a la voz elocuente
en que un sentido adiós te envía el mundo.
Tú no puedes parar, ni más despacio

puedes seguir tu arrebatado giro;
la mano omnipotente 30
a recorrer te impulsa sin reposo
las vastas soledades del espacio,
esos serenos campos de zafiro;
pero mañana volverás glorioso
a darnos vida y luz, astro fecundo... 35

De la meditación la voz me llama
a vagar solitario en la arboleda.
Anheló ahora soledad, silencio...
allí los hallaré. El aura leda
duerme en las flores y la blanda grama 40
el son apaga de mis pasos lentos.

Como las sombras cunden de la umbría
noche en el cielo, así en el alma mía
cunden ya dolorosos pensamientos;
y una hoja que descende, 45
algún eco fugaz, una avecilla
que errante y solitaria el aire hiende,
la leve nubecilla
que viaja a reclinarsé allá en el monte,
o a perderse lejana 50
en el vago horizonte;
todo me causa una emoción profunda,
me aprieta el alma una indecible pena
y de improviso mi pupila inunda
de inesperado llanto amarga vena. 55

¡Melancólica tarde, tarde umbría!
Desde que pude amar me unió contigo
irresistible y dulce simpatía.
Tú fuiste siempre confidente mía,
-352-
tú fuiste, tú el testigo 60
de mis más tiernos e íntimos deseos
y locos devaneos;
tú de mi corazón, tú de mi alma
el seno más recóndito conoces.
¿Qué lágrimas vertí que no las vieras? 65
¿Exhalé alguna vez triste suspiro
que errando con las auras no lo oyeras?
¿Qué secreto agitó nunca mi seno
que a tus calladas sombras lo ocultara?
¡Qué de sueños de amor y de ventura, 70
qué de ilusiones halagüeñas viste

en mi pecho formarse
con esperanzas halagarme el alma
y para siempre en humo disiparse...!

Todo esto, ¡ay infeliz, todo me acuerda 75
esa tu sombra triste
y sin poder valerme huye la calma
del centro de mi espíritu agitado
y el dique rompe en férvido torrente,
el llanto, por mis ojos desbordado...! 80

¡Es preciso olvidar! Córrese el velo
del olvido sobre ese de amargura
pasado tiempo. A mi dolor consuelo
sólo tú puedes dar, alma natura;
yo por ti el mundo abandoné engañoso, 85
para buscar en ti dulce reposo.

¡Oh, tarde! Estas heridas mal cerradas
que aún sangran y renuevan mi tormento,
pasará el tiempo y las verás curadas.
Nunca de hoy más, halagará mi oído 90
de pérfida ilusión el dulce acento,
ni buscaré la flor do está la espina.
Quiero vivir contento
en esta amable estancia campesina,
aquí cavaré tumba a mis dolores; 95
-353-
y ajeno de ambición, de envidia ajeno
aquí (si tanto diérame la suerte)
como tu sombra espero cada día
esperaré sereno
esa de la existencia tarde umbría, 100
nuncio feliz de la esperada muerte.

-354-

El arroyuelo

Arroyuelo que deslizas
tu cristal en la pradera,
tu corriente vocinglera
voy siguiendo con placer:
notando voy en tu curso 5

la variedad inconstante,
en esto tan semejante
a cuanto fue y ha de ser.

De las cosas de la vida
es imagen tu carrera, 10
que así mudan de manera
como tú de dirección;
y por esta semejanza,
al contemplar tu onda fría,
no sé si melancolía 15
siente, o gozo el corazón.

¡Cuántos sitios diferentes
conociendo vas al paso!
Este herboso, ese otro raso;
un florido, otro sin flor. 20
Ya en el llano corres fácil,
ya atraviesas matorrales,
o ya lanzas tus raudales
por pendientes de verdor.

-355-

Ya aquí te miro sereno 25
lamer la margen callado,
y quedar como encantado
en un éxtasis de paz;
copiando en tu seno puro
el profundo y azul cielo, 30
y un sauce mecido al vuelo
de los céfiros, fugaz.

Y «así es», me digo pasando,
«así es el hombre que sueña
con la esperanza risueña 35
en el seno del amor;
de la ilusión la aérea sombra
refleja su mente en calma,
y un cielo tiene en el alma
de mágico resplandor». 40

Borbollas en cavidades,
te dilatas con reposo,
o maldices y furioso
de estrechas márgenes vas.

Ya encuentras campo de flores, 45
¡y es de ver cómo allí giras,
cuál te aduermes y suspiras
por no salir dél jamás!

Bien haces, dulce arroyuelo:
breves los dichosos, largos 50
son los instantes amargos
que tenemos que pasar.
¡Qué bien entiendes y sabes
que la ventura en la vida
ha de llorarla perdida 55
quien no la supo gozar!

Bien haces en detenerte
en este sitio florido;
antes te veas sumido
que dél intentes salir. 60

-356-

Así pienso yo, arroyuelo,
que en la edad de los amores,
pues es la edad de las flores,
debiera el hombre morir...

¡Cómo te dilatas manso, 65
y enamorado murmuras,
músico de notas puras,
entre una y otra flor!
¡Qué artificioso revuelves
y formas remansos bellos, 70
porque se retrate en ellos
su hermosura y esplendor!

Si de alguna flor consigues
inclinarla a tu corriente,
la besas la dulce frente 75
una y otra, y otra vez;
mas de aquella que no inclinas
trepar por el tallo intentas,
y con suspiros lamentas
tu impotencia y su esquivéz. 80

Así el trovador al pie
del castillo en donde mora
la dama a quien enamora,

suspira en trovas de amor;
mas ella ingrata y esquiva 85
acaso en la alta ventana,
escucha el cantar ufana,
pero burla del cantor...

Si de la flor que te burla
el viento arranca una hoja, 90
y a tu corriente la arroja,
ufano con ella estás;
¡y es de ver cómo festivo
en remolino la llevas!
Ya la hundes, ya la elevas, 95
y huyendo con ella vas...

-357-

Mas ¿a dónde, infeliz, huyes?
Vuelve a tu sitio florido,
que le llorarás perdido
cuando no puedas volver. 100
La pendiente te arrebató,
te cupo infeliz destino,
pues él te traza el camino
que tú no puedes torcer.

Un luengo y lóbrego caño 105
a poco que andas te encierra,
y te lleva bajo tierra
a muy distante lugar.
Correrás siempre adelante,
arroyuelo malhadado, 110
por la pendiente arrastrado
hasta arrojarte en el mar.

Quizás de arroyuelo claro
turbio torrente furioso
que nunca encuentra reposo, 115
andando te tornarás;
y entonces de aqueste humilde
sitio de flores vestido,
donde corriste adormido,
con dolor te acordarás. 120

Así al mortal el destino
le arrebató en su camino

malhadado,
y pasa la edad de amores,
cual tú pasas el de flores, 125
sitio alegre y regalado;

y sigue y es sin piedad,
de una edad en otra edad
impelido,
sin hallar nunca reposo, 130
como tú, cuando en furioso
torrente vas convertido.

-358-

Te arrastra a ti el desnivel,
la mano imperiosa, a él,
de la suerte; 135
y, cual tú en brazos del mar,
él, a la fin, va a parar
en los brazos de la muerte.

-359-

El bosquecillo

Bosquecillo frondoso,
que a las orillas del sonante río
abrigo delicioso
me das en los calores del estío.

Cuando yo te contemplo, 5
mientras abrasa el aire el mediodía,
el misterioso templo
te finge del placer mi fantasía.

Los festivos amores
están en torno tuyo revolando, 10
y en tu lecho de flores
se recuesta el deleite suspirando.

Y al que en tu seno amparas
el numen del secreto dice aerio:
«Sacrifica en mis aras; 15

mis sombras te prometen el misterio».

Y acuden presurosas,
dejando las lejanas arboledas,
las aves codiciosas
de la promesa de tus sombras ledas... 20

Mas yo soy solitario,
no tengo como el ave compañera;
me llama a tu santuario
más grata voz, si menos hechicera:

-360-

¡La voz del ocio blando!... 25
Aquí me tiendo en la mullida alfombra
de tu césped, gozando
la frescura del río y de tu sombra.

Y miro el curso lento
que en la pradera tuerce el sesgo río, 30
y a su música atento
me pierdo en un sabroso desvarío.

Ya ver se me figura
al dios de los pastores y ganados
buscando la hermosura 35
de Eco por los valles y collados.

La ninfa se le esconde
huyendo sus impúdicos amores,
y tan sólo responde
con fugitivo acento a sus clamores. 40

Porque ella aún deplora
los desprecios de Adonis afligida,
y en las cavernas llora
en aerio y vago acento convertida.

Dentro las claras linfas 45
del río, de cristal miro un palacio:
cerniendo están sus ninfas
en cribas de esmeralda, oro y topacio;

y entre ellas el sagrado
numen está del río, muellemente 50
en la urna reclinado,
ceñida de limosa alga la frente...

Todo se anima, todo
cobra voz, cobra vida y movimiento,
y por extraño modo 55
todo lo prueba el vago pensamiento.

-361-

¡Oh, campiña agradable,
que dulcísimo encanto mío eres!
¡Séate favorable
el claro sol, propicia el alma Ceres! 60

Flora te dé fragancia,
no destruya tus galas el invierno;
Pomona la abundancia
derrame en ti de su colmado cuerno.

Y a ti, bosque frondoso, 65
que a las orillas del sonante río
abrigo delicioso
me das en los ardores del estío.

Propicio a tus verdores
te sonría apacible el claro cielo, 70
frutos te den y flores
las estaciones en su raudo vuelo.

-362-

Los árboles

Del África abrasada en las arenas,
de la Siberia en el perenne hielo,
en la sierra, en el llano,
del polo al ecuador; con larga mano,
cual las estrellas pobló su vasto cielo, 5

así los espació Dios Soberano
por toda la ancha faz del grande suelo.

Nacen doquier. En número sin cuento
la tierra los engendra y alimenta;
su tronco se levanta al vago viento, 10
y una corona de verdor sustenta
en sus flexibles ramas;
templan del sol las devorantes llamas,
y son gala del mundo y ornamento.

Purifican los aires con sus hojas, 15
hay en sus troncos bálsamos preciosos
que al cuerpo vuelven la salud perdida;
casa apacible, plácida guarida,
y tálamo fecundo de las aves
son sus ramos umbrosos; 20
pendientes de ellos nacen dulces frutos
que ofrecen generosos
a los hombres, las aves y los brutos.

En medio del desierto caluroso
que ardiendo reverbera 25
bajo un sol devorante,
-363-
halla el árabe errante
una umbría palmera
que sosiego y frescura le convida:
¡emblema dulce, hermoso, 30
del amor en el yermo de la vida!

Ciñe el mirto amoroso
la sien de Venus; la apacible oliva
orna la frente de la paz fecunda;
mientras el laurel glorioso 35
entreteje la bárbara corona
que ciñe la iracunda,
sangrienta sien de la feroz Belona.

Del voluptuoso Oriente en los serrallos
sirven para deleite de los moros: 40
allí suspiran y aman las sultanas
a la sombra de grandes sicomoros.

Del Inglés en los parques majestuosos,
en bellos grupos y armoniosas calles
muestran artificiosos 45
hasta do alcanza el arte de los hombres;
y en las selvas de América sin nombres,
a cuya sombra innumerables seres
crecen, se multiplican; muestran sólo
en su grandeza y profusión pasmosa 50
del Creador la mano poderosa.

Ellos son confidentes
de nuestros amorosos pensamientos:
los amantes confían sus tormentos
a sus cortezas rudas; 55
de ellas hacen papel, porque ellas cuenten
sus secretos amores,
sus íntimos dolores
a las agrestes soledades mudas;
y las aves también entre sus hojas 60
suspiran sus congojas,
cantan sus alegrías
y saludan con himnos armoniosos
el despuntar de los brillantes días.

-364-

A su apacible sombra juguetea 65
la festiva niñez, y se recrea
trepando por sus troncos elevados,
suspendiendo columpios en las ramas
para girar cortando el vago viento,
entre aplausos y risas de contento. 70
A su apacible sombra ama y suspira
la juventud ardiente,
y de sus hojas el murmullo vago
hace pasar por su inflamada frente
dulces sueños de amor con que delira. 75

A su apacible sombra, la marchita
ancianidad medita
sobre el pasado bien y el mal presente,
y el son del viento que en las hojas zumba
habla a su alma triste y vagamente 80
de la otra vida que tendrá, infinita.

¡Oh, cuántos los amamos!
¡Oh, cuánto en su hermosura nos gozamos!

Con su frescura y gala nos recrean
en nuestro hogar, y así la humilde choza 85
como el palacio espléndido hermocean.
¡Hasta en la tumba fría
nos hacen apacible compañía!

¡Y, cuánto os amo yo, árboles bellos!
¡Y cuántas, ya de amor, ya de tristeza, 90
o ya de soledad, fugaces horas
pasé a la sombra de las hojas vuestras!
¡Mil secretos de mi alma solitaria,
mil recuerdos de amor viven en ellas;
y siempre que las auras las agitan, 95
en su murmullo animador despiertan,
y una lágrima cae de mis ojos,
y hondo suspiro de mi pecho vuela!
Os amé en otro tiempo de ventura
y ahora os amo más en la tristeza. 100

-365-

Os amé alegre y os adoro triste,
y os he de amar hasta que muerto sea,
y más allá... ¡Ciprés de opaca sombra!
¡Triste ciprés! Vendrás cuando yo muera
a acompañar mi solitaria tumba; 105
¡y allí mi sueño sempiterno, vela!

Poesías filosóficas

La eternidad de la vida

Versos dedicados a mi amigo Juan León Mera

Meditación

Cosas son muy ignoradas
y de grande oscuridad
aquellas cosas pasadas
en la horrenda eternidad,
por hondo arcano guardadas. 5

¿Quién pudo nunca romper
de la muerte el denso velo?
¿Quién le pudo descorrer,
y en verdad las cosas ver
que pasan fuera del suelo? 10

Que por fallo irrevocable
padecemos o gozamos
los que a otro mundo pasamos,
es cuanto de este insondable
alto misterio alcanzamos. 15

-367-

Si medir nuestra razón
procura, ¡oh eternidad!,
tu ilimitada extensión,
¡qué flacas sus fuerzas son
para con tu inmensidad! 20

Sube el águila a la altura
del vasto, infinito cielo;
medirle quiere de un vuelo;
mas, toda su fuerza apura,
y baja rendida al suelo. 25

Así el loco pensamiento
se encumbra a medirte audaz;
mas se apure su ardimiento,
y abate el vuelo tenaz
al valle del desaliento. 30

II

En verdad que da tormento
este funesto pensar:

¿En qué vienen a parar
esas vidas que sin cuento
vemos a la tumba entrar? 35

En la tumba, de los seres
precisa fin pavorosa,
remate así de placeres
como de los padeceres
de esta vida trabajosa. 40

En la tumba, oscura puerta
cuya misteriosa llave
vuelve con la mano yerta
la muerte; playa desierta
de donde zarpa la nave, 45

-368-

de la vida a navegar
con brújula y norte inciertos
en no conocida mar,
mar sin fondo, mar sin puertos,
ni ribera a do abordar. 50

III

¿Qué es morir? ¿Qué es la muerte? «Oscura nada,
triste aniquilación», dice el ateo.
¿Todo ser en la tumba se anonada?
¡Error, funesto error! Yo en ti no creo.

Si este que siento en mí soplo divino 55
dentro la huesa en polvo se convierte;
si la esperanza de inmortal destino
se disipa en las sombras de la muerte;

fuera entonces de Dios dádiva inútil
esta triste existencia de un momento, 60
que se disipa como un sueño fútil,
o como el humo vano en vano viento.

¿A qué este don de penas y quebranto?
¿A qué darnos la vida, conducirnos
por un desierto de dolor y llanto, 65
y para siempre al cabo destruirnos?

¡No puede ser! El hombre desdichado,
de gusanillo que se vio en el suelo,
en mariposa angélica trocado,
de la lóbrega tumba vuela al cielo. 70

IV

Y ¿a dónde va quien deja nuestro mundo?
¿A dónde el que en tu sombra, muerte, escondes?
-369-
¡Jamás a esta pregunta, tú, profundo
silencio de la tumba, me respondes!

¿Sus lazos terrenales se desatan? 75
¿Se acuerda del humano devaneo,
o todos sus recuerdos arrebatan
las soporosas ondas del Leteo?

¿Está por dicha con la eterna unida
esta rápida vida que se acaba? 80
¿O allá el amigo la amistad olvida,
y el amante también lo que adoraba?

El amor, la amistad ¿son vanos nombres
que borra el soplo de la muerte helada?
¿Del alma, que no muere de los hombres, 85
son ilusión no más, sombras de nada?

V

Oigo una voz que eleva el alma mía,
voz de inmortal y de celeste acento:
«¿Qué a mí, la muerte ni la tumba fría?»,

dice hablando secreta al pensamiento; 90

«¿Piensas que la segur que hace pedazos
»las cadenas que al cuerpo sujetaron
»mi esencia divinal, los demás lazos
»rompe también, que al mundo me ligaron?

»¿Piensas que del amor, que fue mi vida 95
»en la vida del mundo, me despojo
»estando al otro mundo de partida,
»cual de la arcilla que a la tumba arrojó?

»¡No! No es capricho de la carne impura
»la amistad, o de amor la llama ardiente; 100
»del espíritu si la efusión pura,
»y el espíritu vive inmortalmente.

-370-

»Y así a la eternidad lleva consigo,
»cuando abandona su terrestre estancia,
»amor de amante, o amistad de amigo, 105
»sujetos nunca más a la inconstancia».

VI

Sí, ¡dulce voz! Cuanto me anuncias creo;
quien en ti cree espera y vive en calma,
seas la voz mentida del deseo,
o la voz del oráculo del alma. 110

Triste de aquel que los oídos cierra,
y cierra el corazón a tu consuelo.
¿Qué tendrá el infeliz acá en la tierra,
si la esperanza le faltó del cielo?

Noche será su triste pensamiento 115
que el negro ocaso ve, mas no la aurora;
en su pecho la muerte hará aposento,
anticipada a la postrera hora.

Que será como sombra ver la vida,
como sombra el placer que llega y pasa; 120
ver la dicha en el mundo tan medida,
¡y no esperarla alguna vez sin tasa!...

Sí, ¡profética voz! tu acento tierno
llega a mi corazón, consolatorio;
tú en la muerte el placer pintas eterno, 125
y el dolor en la vida transitorio.

Por ti el amor que aquí se desvanece
cual tierna flor que se deshoja al viento,
más allá de la muerte reflorece
de las eternas auras al aliento. 130

-371-

Tú la dicha nos pintas duradera,
y la gloria del cielo en lontananza,
borrada del sepulcro la barrera,
y trocada la muerte en esperanza...

¡Bella esperanza! cuando ya cercano 135
me hallare yo a la tumba apetecida,
mis ojos cerrará tu dulce mano,
y olvidaré el tormento de la vida.

-372-

Al sueño

En otro tiempo huías
de mis llorosos ojos, sueño blando,
y tus alas sombrías
lejos de mí batías,
el vuelo en otros lechos reposando. 5

A aquel lecho volabas
en que guardan la paz las mudas horas,
y el mío abandonabas,
porque en él encontrabas

en vigilia a las penas veladoras. 10

Donde quiera que miras
lecho revuelto en ansias de beleño,
en torno dél no giras;
antes bien te retiras,
pues de las penas te amedrenta el ceño. 15

Y así huyes la morada
soberbia de los reyes opresores,
y envuelto en la callada
sombra, con planta alada
a la chozuela vas de los pastores. 20

Del infeliz te alejas;
con su dolor en lucha tormentosa
solitario le dejas;
no atiendes a las quejas,
y sólo atiendes a la voz dichosa. 25

Enemigo implacable,
de cruel dolor y criminal conciencia,
de voz inexorable,
y compañero amable,
y amigo de la paz y la inocencia... 30

-373-

Si en otro tiempo huías
de mis cansados ojos, sueño blando,
y las alas sombrías
lejos de mí batías,
el vuelo en otros lechos reposando. 35

Hora al mío te llegas
solícito, sin fuerza y sin ruido;
ya a mis ojos no niegas
tu beleño, y entregas
mis sentidos a un breve y dulce olvido. 40

Las que no se apartaban
penas insomnes de mi lado, oh sueño;
las que siempre velaban,
esas que te ahuyentaban

con su torvo, severo y triste ceño, 45

volaron ya; despierta
miras en su lugar la paz ansiada;
libre quedó mi puerta,
y ya no ves cubierta
de espinas dolorosas mi almohada. 50

Mi conciencia no grita
para asustar tu asustadizo vuelo,
ni la ambición me irrita,
ni mi pecho palpita
en pos de alguna vanidad del suelo. 55

Desde este mi sereno
retiro escucho el rebullir del mundo
a su tumulto ajeno,
como si oyese el trueno
que retumba en remoto mar profundo. 60

Y digo: ya agitaron
las ondas de esa mar mi barco incierto;
los vientos le asaltaron,
sus velas se rasgaron;
mas, llegó salvó a este abrigado puerto. 65

-374-

A la soledad del campo

A ti me acojo, soledad querida,
en busca de la paz que mi alma anhela
en su ya inquieta y procelosa vida;
mi nave combatida
por la borrasca de la mar del mundo, 5
esquiva ya su viento furibundo,
y en busca de otro viento sosegado
dirige a ti su desgarrada vela,
¡oh!, puerto deseado
en que la brisa de bonanza vuela. 10

Tú levantas el ánimo caído,

bálsamo das al pecho lacerado,
das nueva vida al corazón helado,
y aliento nuevo a su vigor perdido.
El alma que perdió su lozanía 15
y fuerza soberana,
junto con su ilusión y su alegría,
allá en la estéril sociedad humana,
en tu repuesto asilo,
en tu seno tranquilo 20
feliz respira al fin; sus ya enervadas
alas despliega, y remontando el vuelo,
halla para espaciarse un vasto cielo,
y recobrada la calor perdida,
con vida nueva torna a amar la vida; 25
así el ave, encerrada
dentro la estrecha jaula, se entristece,
-375-
pierde luego el vigor desalentada,
y en su prisión doliente desfallece;
pero si encuentra acaso la salida 30
que en su afán vigilante vio cerrada,
dejando libre paso a la partida,
rauda se lanza a la región del viento,
y el orgulloso vuelo desplegando
se espacia por el ancho firmamento. 35

Heme ya libre del tropel humano,
y contigo, ¡oh Natura, a solas heme,
y con tus montes y extendido llano!
Heme lejos, en fin, del aire impuro
que respiran las míseras ciudades, 40
sin oír el de dolor vago lamento
que en su recinto oscuro
se escucha sin cesar: ¡Héme aspirando
bajo tu abierto cielo inmensurable,
con placer inefable, 45
el aire libre, embalsamado y puro;
y en vez de humanas voces, escuchando
el apacible acento,
la melodiosa voz del vago viento!

En tu agosto retiro, 50
¡oh soledad!, los hombres olvidemos,
la vista separemos
del teatro infeliz de los mortales.
Caos de confusiones,
angustioso espectáculo de males, 55
furioso mar que ruge alborotado,

do silba el huracán de las pasiones,
do se oye el alarido desgarrado,
y el eternal suspiro
que elevan a la par los corazones. 60

Demos todo al olvido:
los hombres y su mundo corrompido.
Deja a mi corazón, antes opreso
por insufribles penas,
respirar libre de su enorme peso; 65
-376-
deja que mi alma rompa las cadenas
con que la ató el dolor, y alzando el vuelo
se espacie alegre por tu inmenso cielo;
y deja, en fin, que tienda la mirada,
tanto tiempo a un mezquino y nebuloso 70
espacio reducida,
por la verde campiña dilatada,
por tus claros y abiertos horizontes
y el rudo aspecto de sus grandes montes.

Bajo tu amparo, en tu sereno asilo, 75
¡oh soledad!, yo viviré tranquilo;
yo olvidaré la angustia de la vida,
no sentiré su peso,
vagando en tu pradera florecida,
y por el fresco laberinto errando 80
de tu amena floresta y bosque espeso,
yo desoiré la voz de mis dolores
por la canción del aura entre tus flores,
y el murmurar de la apacible fuente,
que baña tus jardines, resbalando 85
entre lirios y rosas mansamente.
Y en tu retiro y deleitable calma
iranse poco a poco disipando
algunas sombras de mi triste frente,
y el padecer del alma. 90

¡Oh! vosotros que dais, árboles bellos,
sombra a la tierra, al aire galanura;
aves alegres que moráis en ellos
y con canciones adormís las horas;
volubles vientos que mecéis festivos 95
las copas cimbradores;
diáfanas fuentes que esparcís frescura
al prado, al aire, a la arboleda oscura;
arroyos fugitivos

que corréis por hallar muelle reposo 100
dentro del huerto umbroso,
y entre las flores plácido remanso...
¡Árboles, aves, vientos, aguas puras,
llegó por fin el día,

-377-

que tanto ansié, de haceros compañía! 105
Vengo en vosotras a buscar descanso,
vengo a olvidar mis crueles amarguras;
de hoy más, junto a vosotros,
vuestra vida será también la mía.

Cuando el alba las puertas del Oriente, 110
coronada de aureolas de oro,
abra al rey del espacio refulgente,
uniré la voz mía
al de las aves armonioso coro,
por saludar al sol del nuevo día; 115
y cuando éste, inclinado al Occidente,
recoja su llameante vestidura
en los tendidos cielos esparcida,
yo y la bella natura,
que queda lamentando su partida, 120
nuestro adiós le daremos de amargura.

Y así en este continuo y dulce giro
de días y de noches,
con la naturaleza
en grata comunión, huirá la vida 125
entre contento y paz; ya no el suspiro
se oirá en mis labios, ni en mi frente erguida
las sombras se verán de la tristeza...
¡Oh! ¡Diérame la suerte
aquí vivir, ajeno de pesares, 130
y aquí esperar la muerte,
arrullando con plácidos cantares
el sueño arrebatado de las horas,
pues que son, como un sueño, voladoras!

-378-

La noche

Meditación

¡Oh noche! ¡Oh madre de la luz! Ahora
tú reinas en los ámbitos del cielo;
lejos huyó la luz deslumbradora,
cayó el rumor que levantaba el día,
y en tu regazo inmóvil duerme el mundo. 5

En el silencio general profundo,
ni se ve ni se siente el sordo vuelo
de tus calladas horas. Honda calma
reina doquiera, y dentro de mi alma.
Y ¡qué insólita calma! Noche pía, 10
tú me la infundes por la vez primera,
yo en otro tiempo al bullicioso día,
perseguido de insomnios, le imploraba
que te usurpase el mando de la esfera.
Yo en su bullicio mi dolor ahogaba, 15
y en su inquietud mis penas aturdía;
mas en tu muda soledad me hallaba
a solas con mi triste compañera,
la fiel tristeza; y me donaba el sueño
su deseado olvido y su beleño. 20

La paz ahora envías a mi seno,
y mis insomnes penas adormeces;
plácenme ya tus sombras, tu sereno
imperio en el espacio de astros lleno.

-379-

Ahora te bendigo, ¡noche augusta! 25
Ya el tardo vuelo de tus graves horas
no más maldecirá mi boca injusta;
no iré a turbar tu plácido reposo,
ni a lastimar tu adormitado oído,
rompiendo tu silencio majestuoso 30
por entregar pesares al olvido
en bullente festín o impura orgía,
de tu quietud profanación impía.

Más noble ocupación, más digno empleo
daré a tus horas de silencio y calma. 35
Los innúmeros astros que en ti veo,
las bóvedas del cielo majestuosas,
páginas son en que asombrado leo
y aprendo ahora sobrehumanas cosas;
en las alas del éxtasis mi alma 40

arrebatada va de mundo en mundo:
vuela, sube, desciende, vaga, gira
y mide la magnífica estructura
del universo; y reverente admira
en concierto inmortal, maravilloso 45
con que los astros rompen esa pura
región del cielo en giro luminoso.

Esta quietud universal, profunda,
el vago horror de las calladas sombras,
la muchedumbre de astros infinita 50
que del cielo los ámbitos inunda;
dentro infunden del alma que medita
dulce contemplación. El firmamento
es un libro de arcanos do se aprende
la ciencia de las ciencias, libro santo 55
abierto sólo al noble pensamiento
que a buscar la verdad su antorcha enciende,
que a las regiones de la luz se lanza,
y en pos de aquellos mundos vuela tanto
que al más remoto en raudo vuelo alcanza. 60

¡Oh, qué bajo, mezquino y miserable
noto este mundo lóbrego en que habito,
-380-
cuando miro la suma innumerable,
y en la grandeza y número medito
de esos mundos de luz! ¡Cuánto disuena, 65
este que el hombre mueve vano estruendo,
en la música aérea y armonía
con que del viento en la región serena
giran los otros orbes, dividiendo
en sempiterno revolver las horas 70
entre la noche y el brillante día!

¡Cuántos soles allá con su luz pura
los senos del espacio iluminando!
¡Ay, pero aquí... qué noche tan oscura!
¡Qué inmensidad y qué magnificencia 75
miro allá desplegarse anonadando
la oscura y vanidosa humana ciencia!
¡Qué pequeñez aquí; y a la par, cuánto
de afán, tumulto, estruendo y turbulencia!
Dos elementos sin cesar se agitan 80
debajo las estrellas silenciosas:
la humanidad y el océano; el mundo
les viene estrecho; airados se impacientan,

y traspasar sus límites intentan;
al abismo sus ondas precipitan, 85
hasta el cenit las alzan vanidosos;
mas por rocas eternas quebrantadas
en vana espuma sin cesar revientan.
¡Tanto tumulto en tan pequeño mundo!
¡Tanta soberbia en tan humilde estado! 90
¡Qué alzarse desde el suelo tan profundo!
¡Qué ambicionar desde tan bajo grado!...
Hombre insensato, alza los ojos, mira
al estrellado, augusto firmamento;
cuenta sus astros, su extensión mensura, 95
y dime si tu orgullo es más que viento;
más que hinchazón soberbia tu arrogancia,
tu impotente ambición más que locura,
y todo tu saber más que ignorancia.

-381-

Pon el oído, a ese lenguaje atiende, 100
mudo, pero elocuente de los cielos.
En él la voz de la verdad desciende,
y esa voz rompe los oscuros velos
que ofuscan tu razón, la nube ahuyenta
de tus pasiones, y a la luz radiante 105
de esas celestes lámparas, que alumbran
del espacio los senos más profundos,
el universo entero se presenta
a tus pasmados ojos, te deslumbra,
se postra ante él tu orgullo confundido, 110
y te miras un átomo, habitante
del más oscuro mundo de los mundos,
en la infinita inmensidad perdido...

Mira a lo alto otra vez, observa el giro
interminable, eterno, que los astros 115
por caminos celestes de zafiro
hacen dejando luminosos rastros.
Allá la eternidad pasma tu mente.
Vuelve ahora los ojos a este suelo,
y abate humilde la orgullosa frente, 120
mira la corta senda oscura y triste
que te aparta la tumba de la cuna,
y observa con qué raudo y presto vuelo,
y a costa de qué penas, de la una
a la otra vas... Aquí tus ojos hieren 125
la fatal brevedad de lo que existe
en tu vida y con ella fugaz muere.
¡Oh, qué contraste doloroso al alma
salta ahora a mis ojos, imprevisto!
¡Estrellas inmutables, silenciosas, 130

gloria inmortal y luz del firmamento,
cuántos desde el principio de las cosas,
pueblos, generaciones habéis visto
nacer, crecer, morir y sucederse
como las olas de la mar, sin cuento! 135
La tierra con sus pasos agitaron,
su hirviente muchedumbre llenó el mundo;
y en el tiempo veloz se disiparon,
cual leve polvo al impetuoso viento...

-382-

Todas, todas han ya desaparecido, 140
y otras y otras vendrán innumerables;
vendrán, y se hundirán en el inmenso
y silencioso abismo del olvido,
que lo devora todo y no se colma.
Y vosotros, en tanto, los profundos, 145
los más remotos cielos inmutables
seguís con igual luz iluminando,
que en el día primero de los mundos.
Extrañas a la muerte de los hombres,
extrañas aun a su vivir y nombres, 150
cual lámparas eternas y divinas
el horrendo espectáculo alumbrando
de tantas y tan míseras ruínas.

¡Qué vanas son las cosas de la vida
vistas así, a la luz de las estrellas, 155
a la luz de lo estable y lo infinito!
¡Cuánto más vanos, ay, los hombres que ellas!
¡Placeres que del mundo sois las flores,
cual las flores vivís un fugaz día!
¡Glorias que sois del mundo la grandeza, 160
sueños sois del orgullo engañadores!...
¡Oh!, ved al hombre; ved a este orgulloso
rey del vasto universo: juzga el mundo
su trono; el encumbrado firmamento,
de su trono el dosel esplendoroso. 165
Son la gloria y la ciencia sus blasones,
y los escudos son de su nobleza:
Gloria y ciencia es el título que pone
el regio cetro en su potente mano,
la corona del mundo en su cabeza... 170
¿Y qué cosa es su ciencia, y qué su gloria?
Su ciencia es débil luz que alumbró en vano
oscuras sombras que a romper no alcanza,
y muestra un caos de tinieblas lleno,
de tinieblas más densas que no tuvo 175

el ciego Erebo en su más hondo seno.
Su gloria... ¿qué es la gloria de los hombres?
Allá se lo pregunta a las estrellas,
-383-
ellas te lo dirán: la fama en ellas
con eterno buril graba los nombres 180
de los mortales dignos de memoria...

Misterioso silencio es su respuesta...
Mas ¿qué te importa a ti? ¿Qué mayor gloria
que el ser para ti sólo hecha y compuesta
esta asombrosa máquina de mundos? 185
Tuya es la creación, rey soberano:
la tierra es tu palacio; ignoras dónde
de tu dominio el término se esconde;
tuyo es el universo, alza la frente
espacia tus miradas orgullosas 190
por el vasto, encumbrado firmamento;
las estrellas que ves esplendorosas,
las que ver no te es dado, y las que en vano
pretendiera alcanzar tu pensamiento,
súbditos son de tu potente imperio, 195
tu ley gobierna su ordenado giro,
brillan para tu bien. El rayo ardiente
que el cielo airado sobre ti fulmina,
el mal granizo que tus campos daña,
los vientos que en los mares te sepultan, 200
el volcán que tus obras arruina,
parece, sí, que tu poder insultan,
mas son para tu bien; y su guadaña,
¡oh feliz colmo de felice suerte!,
para tu mismo bien blande la muerte... 205

-384-

A María47

Vergine Madre, figlia del tuo Figlio,
umil ed alta piu che creatura,
termine fisso d'eterno consiglio,
Tu se'colei che l'umana natura
nobilitasti sí che'l suo Fattore
non disdegnó di farsi sua fattura.

(Dante, Paradiso, canto 33)

Esposa casta, Virgen sin mancilla,
augusta madre e hija de tu Hijo;
de las cosas del mundo maravilla,
del consejo de Dios término fijo.

Tú, de las criaturas soberana, 5
siendo la más humilde criatura,
ennobleciste la natura humana,
haciendo que su Autor fuese su hechura.

Y por tu alta humildad y tu pureza
al firmamento encima de las nubes, 10
del suelo, que produjo tu belleza
te alzaron en sus palmas los querubes.

Las estrellas coronan ya tu frente,
son la luna y el sol tu vestidura;
te alzó altares la tierra reverente, 15
y el cielo se adornó con tu hermosura.

-385-

Y allá estás, de los hombres abogada,
del humano dolor aliviadora;
de tu origen mortal nunca olvidada,
entre el cielo y la tierra intercesora. 20

Nos dejaste en el mundo santo ejemplo
de virtud y dolor; la luz divina
nos nació de tu vientre, que fue templo
de aquel Sol que los soles ilumina.

Humana imperfección divinizaste 25
en tu humana hermosura inmaculada,
y en la beldad del alma atesoraste
perfección de los cielos humanada.

Nos enseñaste castidad; modelo
de sufrimiento fuiste en la amargura; 30

eres la luz a un tiempo y el consuelo
de nuestra atribulada vida oscura.

Tú al indocto y al sabio enseñas ciencia,
humildad al soberbio, fe al dudoso,
al malsufrido muestras la paciencia, 35
y al que padece, galardón glorioso.

Jamás al que te ruega desamparas
ni hay súplica por ti desatendida;
la flor que pone en tus benditas aras
el que te ofrenda, nunca va perdida. 40

A estos que el mundo llama desdichados,
al pobre humilde, al débil y al que llora;
a los que aquí se ven desheredados,
tú los acoges Madre y protectora:

que los bienes mortales de esta vida 45
tienen nombre en la eterna diferente,
y tienen otro peso, otra medida
en la balanza de oro de tu mente.

-386-

El niño aprende a balbucir tu nombre;
te nombra el moribundo en su agonía; 50
tu nombre canta el ave y reza el hombre;
suena en el himno angélico: ¡María!

¡Oh Reina del cielo y de la tierra,
fuente viva y perenne de dulzura,
iris de paz en la mundana guerra, 55
faro y estrella de esta mar oscura!

Flor de la gracia, sol de la pureza,
de la noche mortal triunfante aurora,
de la prole de Adán suma nobleza,
y de la empírea, dulce Emperadora. 60

Si la virtud te hizo soberana
sobre el hombre y los claros serafines,
si Dios en ti tomó la carne humana,

su designio entendemos y altos fines.

Nos quiso, pues, decir que la lazada 65
sola que anuda nuestro mundo al cielo,
es la Virtud, en ti representada:
hecho está de sus manos el modelo.

Sigamos, pues, la norma que dejaste:
purifiquémonos, pues pura fuiste; 70
bendigamos el llanto, pues lloraste,
y esperamos la gloria que tuviste.

-387-

De Primer centenario de Simón Bolívar

América y Bolívar

Himnos no canta América este día
a un crudo engendro de la horrenda guerra,
en quien no tiene qué admirar la tierra,
sino la ira de Dios, que se lo envía.

Sea en buena hora pasmo y ufanía 5
de un mundo siervo aquel que al orbe aterra⁴⁸
con su ambición, hasta que el Cielo atierra
en él de otro Luzbel la alta osadía.

Que la América libre es templo inmenso
que sólo al alma Libertad endiosa, 10
purgada el ara de servil incienso.

Hoy de la ardiente llama esplendorosa
perfume eleva, de loores denso,
al mayor hijo de la altiva Diosa.

-388-

La tumba de Bolívar

(En la solemnidad del Centenario)

De lauros coronadas y de olivas,
de una tumba al redor cinco matronas
cubren el frío mármol de coronas,
y en la urna vierten lágrimas votivas.

Y tú, Iris de paz, arrancas vivas 5
de esa tumba tus gayas siete zonas;
te encumbras, y salvando el Amazonas,
en el remoto Potosí restribas.

Sellada por cien años enmudece
la tumba; pero el aire centellea, 10
y con clangor de trompas se estremece.

Huele sangre el Cóndor y el suelo otea;
mas sobre el sol el Héroe resplandece
y mirando la pompa se recrea.

-389-

América y España

Bolívar, tú que en mil gloriosas lides
romper supiste del león de España
la ira y poder, con más ilustre hazaña
que hizo en el león Nemeo Alcides;

hoy que sereno con tus pasos mides 5
el prado Elisio; que, la horrible saña
depuesta, habitas en feliz compañía
con las iberas almas de los Cides;

mira aquí las naciones que formaste

con España gozar la paz sagrada, 10
que tú allá con sus hijos asentaste:

que esta materna y filial lazada
que las une, romper tú no intentaste,
y estado habría a prueba de tu espada.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

